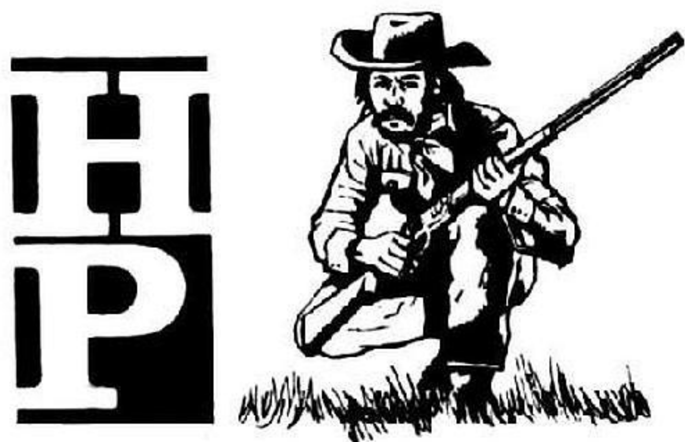




LA HISTORIA DE BILL, "EL MELENAS"

Keith Luger





HEROES DE LA PRADERA



ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección SERVICIO SECRETO:
1.498 — Crimen en casa del senador.
En Colección BUFALO SERIE ROJA:
967 — El Oeste en llamas.
En Colección SALVAJE TEXAS:
729 — La venganza.
En Colección KANSAS:
657 — Mala hierba nunca muere.
En Colección BRAVO OESTE:
581 — Tres hombres van a morir.
En Colección PUNTO ROJO:
885 — El asesino de la Riviera.
En Colección CALIFORNIA:
752 — La historia de Buby *el Llorón.*
En Colección ASES DEL OESTE:
1.041 — Jones y la ballena.
En Colección COLORADO:
610 — ¡Lucha por tu vida, gringo!
En Colección HEROES DE LA PRADERA:
484 — La historia de Frank *el Gordo.*
En Colección BISONTE SERIE AZUL:
82 — La chica del rifle de oro.
En Colección BUFALO SERIE AZUL:
5 — Asesino Murray.



Keith Luger

LA HISTORIA DE BILL "EL MELENAS"

Colección
HEROES DE LA PRADERA n.º 486
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02524-2
Depósito legal: B. 6.178 - 1979

Impreso en España - Printed in Spain

2.ª edición: abril, 1979

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1979

Capítulo primero

—¿Cómo nos vamos a divertir hoy, Jack?

—¿Habéis visto a algún tipo del rancho Coleman?

—No, no hemos visto a ninguno.

—Es una pena.

—Sí, Jack. Si nos hubiésemos encontrado con algún vaquero del rancho Coleman, lo habríamos pasado en grande.

Eran tres vaqueros los que hablaban. Jack, Patrick y Mel, que trabajaban en el rancho Perkins.

Habían ido al pueblo, Parker West, a comprar unas provisiones en el almacén. Y como siempre, se habían detenido un rato en el saloon Maggie para beber un trago.

Jack tenía cara de bruto. Patrick y Mel lo aceptaban como jefe. Los puños de Jack se habían hecho famosos en Parker West. No había perdido una pelea desde que llegó dos años atrás a la comarca. Y Mel y Patrick eran sus amigos y también se enredaban en la lucha.

Jack dio un suspiro.

—Es una pena que nos tengamos que ir sin pegar a alguien.

Los clientes del local, pacíficos ciudadanos, no querían saber nada de aquella conversación. Jack los miró jactanciosamente.

—¿Hay alguno que quiera ejercitar los músculos?

Nadie le respondió.

Patrick soltó una estruendosa carcajada.

—Eh, Jack. Nadie quiere enfrentarse contigo.

—Será mejor que volvamos al rancho.

—Sí, y quizá por el camino tengamos suerte y encontremos a algún vaquero del rancho Coleman.

Detrás de la barra había un hombre gordo y calvo.

—¿Qué te debo, Clark? —le preguntó Jack.

—Lo de siempre. A veinticinco centavos el vaso. Será un dólar y medio, puesto que bebisteis seis vasos.

Jack ya iba a pagar cuando Mel vio que las puertas de vaivén se abrían.

En seguida dio con el codo a Jack.

—Eh, Jack, fíjate qué tipo.

Se refería a un joven que se había detenido en el umbral. Tenía veintiséis o veintisiete años y era alto, de tez bronceada y ojos negros. Pero su característica más destacable era su cabellera. Llevaba melena.

Nadie lo había visto antes de ahora.

El forastero, tras desparramar la mirada por el local, se dirigió hacia el mostrador, a un extremo en que no había nadie.

Patrick soltó una risita.

—Jack —dijo por lo bajo—, ¿qué te parece el muchacho?

—Yo no he visto ningún muchacho. Vi sólo una muchacha.

Aquellas palabras provocaron las risitas, de sus amigos.

Jack había hablado en voz alta, pero el forastero no se dio por aludido. Ni siquiera dirigió una mirada a los tres vaqueros.

El gordo y calvo Clark estaba muy serio. No le gustaban los jaleos en su local, aunque le era imposible evitarlos, cuando allí coincidían los vaqueros del rancho Perkins y los del rancho Coleman.

Pero el recién llegado era un forastero y, por tanto, al no trabajar con Coleman, podía evitar la pelea.

—¿Me sirve un *whisky*? —dijo el joven melenudo con voz bien timbrada.

Clark, mientras pasaba el paño por el mostrador, dijo en voz baja:

—Será mejor que beba en otra parte.

El forastero le sonrió.

—¿El *whisky* es malo?

—No, es bueno.

—Entonces, sírvame un vaso.

Jack intervino:

—Clark, ¿qué te está pidiendo el forastero? ¿Un refresco de zarzaparrilla? ¿O es una tenacilla para hacerse tirabuzones?

Clark se quedó con la boca abierta. La cerró y dijo, todavía en voz baja:

—Oiga, amigo. El que le habla es lo más bruto que ha venido por aquí en mucho tiempo. No se enrede con él.

—Gracias. ¿Me sirve ahora el *whisky*?

—Oiga, hay una cantina al final del callejón.

—Por regla general huelen mal los callejones. Prefiero la calle Mayor de los pueblos, donde están los saloons. Y vi que tenía limpio su trozo de acera… Ande, amigo, póngame el *whisky*.

—Como usted quiera. Pero recuerde que le avisé.

Jack y sus amigos estaban observando al forastero.

Mel dijo:

—No se arranca, Jack.

—¿Cómo se va a arrancar si es una damisela?

Eso también lo dijo en voz alta.

Pero tampoco el joven de las melenas se dio por aludido.

Patrick creyó que había llegado el momento de hacer su número. Era un tipo que se las daba de gracioso. Se apartó del mostrador y se cogió la chaqueta por el extremo. Luego levantó el otro brazo. De esa forma compuso una figura bastante ridícula, como la de un hombre haciendo de mujer.

—Oh, qué frío —dijo con voz atiplada—. Oh, qué escalofrío me ha dado por mi delicada espina dorsal. Debe haber corriente. Pero qué veo. ¡Ha provocado la corriente la muchachita de las melenas!

Pasó por detrás del forastero andando como si pisase huevos, de puntillas.

Y el melenudo se apoyó en el mostrador y tampoco le hizo caso.

Patrick regresó hacia donde estaban sus amigos, los cuales reían a mandíbula batiente.

Los clientes del local estaban prestando mucha atención a lo que pasaba en el mostrador.

Clark puso el vaso vacío delante del forastero y escanció el *whisky*. Mientras tanto dijo:

—Bébalo deprisa y márchese, chico. Son veinticinco centavos.

El forastero no pagó. Cogió el vaso con parsimonia y bebió un trago.

Jack y sus dos amigos dejaron de reír poco a poco.

A Mel se le ocurrió una idea para estar a la altura de Patrick.

—Jack, ¿qué se hace con los borreguitos cuando tienen mucha lana?

—Se les pela, Pero aquí no hay borreguito. Aquí hay una borreguita.

—¿Por qué no la pelamos?

—Eso digo yo.

—Clark, trae unas tijeras.

El barman gordo respondió:

—No tengo tijeras.

—Sabemos que las tienes, de modo que sácalas. Anda, abre el cajón de abajo. Sé que las guardas ahí. ¿O es que quieres perder una oreja?

Clark miró al forastero, que seguía muy tranquilo en el mostrador. ¿No le había avisado? ¿Por qué infiernos seguía allí? Ya no era asunto suyo.

Abrió el cajón y sacó unas grandes tijeras que alargó a Jack. Éste las abrió y cerró produciendo chasquidos.

—Aquí tienes las tijeras, Mel.

Su amigo cogió las tijeras y también él las hizo chasquear mientras se dirigía hacia el forastero.

—¿Dónde está la borreguita? ¡Qué linda la voy a poner en cuanto le quite un poco de lana!

Se detuvo a dos pasos del melenudo y entonces éste, sin mirarlo, dijo:

—Te vas a cortar los pantalones.

—¡Jack, la muchacha habla! —rió Mel.

—¿Y qué es lo que ha dicho?

—Que me voy a cortar los pantalones con las tijeras.

El forastero volvió la cara hacia Mel y sonrió.

—Eres un niño. Y quiero verte como lo que eres. Con pantalones cortos. Ya puedes empezar a usar las tijeras, si no quieres que las use yo.

Mel se quedó muy serio.

—Traigo las tijeras para otra cosa. Para cortarte las melenas.

—Y yo te digo que te vas a cortar los pantalones. O te los corto yo.

El barman Clark y los clientes del saloon estaban conteniendo hasta el resuello.

Jack habló:

—Mel, ¿qué estás esperando para cortarle las melenas?

—Sí, Jack.

Mel se lanzó sobre el forastero y no se supo si iba a esgrimir las tijeras como arma o para cortar el pelo al forastero. Nunca se pudo saber porque el puño derecho del forastero se convirtió en una mancha borrosa y luego sonó un chasquido.

Mel voló por el aire y se estrelló en el suelo. Dio una vuelta de campana y quedó inmóvil, boca arriba.

El joven desconocido echó a andar y se apoderó de las tijeras que habían caído en el suelo. Y ante, el asombro de todos los presentes, se puso a cortar la pernera derecha del pantalón de Mel y la sacó de un tirón cuando hubo terminado de cortarla. Y luego cortó la pernera izquierda y también la sacó. Y de esa forma, Mel quedó sin conocimiento en el suelo, pero con un pantalón ridículo, muy corto, como el de un niño, mostrando las piernas llenas de pelo y de mugre.

El forastero, terminado su trabajo, dio media vuelta, se acercó al mostrador y dijo:

—Clark, ya puedes guardar las tijeras. El trabajo terminó.

Jack y Patrick continuaban sorprendidos. Todo había pasado muy deprisa.

Podían haber intervenido para impedir que el forastero cortase el pantalón a su desvanecido amigo, pero estaban paralizados por la sorpresa.

El melenudo bebió otro trago de su vaso.

Patrick reaccionó.

—¿Has visto eso, Jack?

—No me he perdido un detalle.

—Esto no puede quedar así.

—No, Patrick. Esto se hincha. Clark, no guardes las tijeras.

El barman, que iba a coger las tijeras, interrumpió el movimiento de su mano.

Jack echó a andar junto al mostrador hasta llegar cerca del forastero. Su amigo Patrick lo siguió.

—Forastero —dijo Jack—, quiero ver cómo usas otra vez las tijeras.

—Dije que ya terminé.

—No, no terminaste, Melenas. Cogerás las tijeras y te cortarás el pantalón como se lo has cortado a Mel.

El forastero sonrió. Y al hacerlo, se le formó un hoyuelo en cada mejilla.

—No voy a hacer tal cosa.

—Entonces lo vas a sentir.

—No lo creo.

—Lo vas a sentir porque si no te cortas las perneras del pantalón, te voy a dar la paliza de tu vida.

—¿Ah, sí?

—Te voy a romper los huesos.

—¿Cuántos huesos?

—Unas cuantas costillas. Y puede que una pierna o un brazo.

—No me gusta.

—Si no te gusta, córtate las perneras del pantalón.

—De eso nada, monada.

—¿Cómo has dicho?

—De eso nada, monada.

Jack se lanzó sobre el forastero disparándole los dos puños.

Y el de las melenas lo burló una y otra vez con una rapidez increíble. Y de pronto pegó a Jack en el hígado por dos veces consecutivas.

Jack pareció pararse, como si le faltase aire a sus pulmones y hasta abrió la boca para procurarse una ración de aquel oxígeno que tanto necesitaba.

El melenudo le cascó en la mandíbula. Fue un tremendo gancho que elevó a Jack cerca de un metro sobre las tablas y, cuando bajaba, su rival lo cazó con un tremendo derechazo entre los dos ojos.

Patrick no se estuvo quieto. También se lanzó sobre el desconocido, pero éste lo detuvo con un golpe seco en la cara y, a continuación, le hizo estallar el otro puño entre los ojos.

Jack ya estaba en el suelo, tan inmóvil como Mel.

Patrick fue el último en derrumbarse, pero tampoco se movió.

La pelea había terminado.

CAPÍTULO II

El barman y los demás clientes del saloon todavía no habían salido de su asombro.

Y ya el forastero acababa de vaciar su vaso.

—¿Me sirve otro *whisky*, Clark?

—Desde luego.

El barman escanció.

Una voz retumbó desde la entrada:

—¿Qué ha pasado aquí, Clark? No veo a ningún hombre del rancho Coleman.

Sólo veo a tres del rancho Perkins. Y uno de ellos es el bruto de Jack Fonda.

¿Dónde están los del rancho Coleman que les zumbaron?

El forastero no se volvió.

Clark estaba mirando hacia la puerta. Allí estaba el marshall David Allen, un hombre de unos cincuenta años, de cabello canoso.

—No han venido en todo el día los *cowboys* del rancho Coleman.

El marshall Allen lo señaló con el dedo extendido.

—Clark, sabes que estas peleas no las puedo evitar. Pero los del rancho Coleman tendrán que pagar un dólar por cabeza. Fue lo acordado. No puedo encerrar a los vencedores, pero tienen que abonar la multa.

—Esta vez no puede cobrar a ningún muchacho del rancho Coleman.

—¿Y a quién tengo que cobrar?

—A este joven.

El marshall estaba viendo al forastero de espaldas.

—¿Al de las melenas?

—Cuidado, marshall. No lo vuelva a decir. Jack, Mel y Patrick se

metieron con él y lo quisieron ridiculizar por el pelo que lleva. Y ya ve cuál fue el resultado.

—¿Me vas a decir que un solo hombre ha podido con Jack?

—Con Jack y con los otros dos.

El marshall Allen echó a andar hacia el mostrador. Se colocó a la derecha del forastero y pudo ver su cara.

—¿Quién es usted?

—Bill Foster. También me llaman Bill el Melenas, de modo que me da lo mismo.

—Si le da lo mismo, ¿por qué peleó con los tres *cowboys* a causa de sus melenas?

—No, marshall, Clark no se lo explicó bien. Zumbé a los tres tipos porque ellos quisieron armar la gresca. El primero del trío quiso cortarme el cabello, y a mí no hay nadie que me corte el cabello, excepto el barbero cuando a mí me da la gana.

David Alien se mojó los labios.

—Clark —rezongó—, ¿estoy aquí estoy durmiendo?

—Está despierto, marshall, y se encuentra en mi saloon.

—Eso suponía, pero necesitaba que alguien me lo confirmase.

Bill Foster sonrió y bebió un trago.

El marshall se rascó detrás de la oreja.

—Bien, forastero, termine ese vaso y váyase.

—¿Es que me quiere echar de su pueblo, marshall?

—No, no lo echo. Bien sabe el cielo que hoy es un día grande para mí.

—¿Por qué?

—Jack Fonda es uno de los tipos más fanfarrones que hay por aquí. Estaba deseando que perdiese una pelea y ya la perdió. Pero usted no puede quedarse. Verá lo que pasa. Jack trabaja en el rancho de Albert Perkins. Tiene muchos amigos y ellos vendrán a ajustarle las cuentas.

—No se tiene que preocupar por eso.

—El que se tiene que preocupar es usted, Foster.

—Marshall, yo no me puedo marchar porque vine a tomar posesión de mi herencia. Y está justamente aquí en Parker West.

—¿El qué?

—Herencia, marshall, eso que le deja alguien a uno después de haberse muerto.

—¿De qué herencia se trata, Foster?

—Del molino de Sam Powers.

El marshall Allen se tambaleó como si le hubiesen dado un puñetazo.

—¿El molino… de Sam… Powers?

—Oyó bien, marshall.

—Oh, no, no es posible.

—¿Por qué cree que no es posible?

—Sería desastroso para usted.

—Corríjame si me equivoco, marshall. Sam Powers vivía en esta comarca.

—Sí, vivió en Parker West durante años, pero abandonó el molino hace mucho tiempo. Pasó los últimos cuatro años en el pueblo trabajando en el establo de Leo Sedon.

—¿Por qué hizo eso? Creí que a Sam Powers le iba muy bien con su molino.

—Le iba muy mal.

—¿Y cuál fue la razón?

—Señor Foster, las cosas están aquí un poco complicadas. Ha conocido a tres *cowboys* del rancho Perkins. Pero todavía no conoce a los *cowboys* del rancho Coleman.

—No, no me ha dado tiempo. ¿Son tan pendencieros como éstos?

—Sí, y ellos también tienen hombres tan brutos como Jack. Los dos ranchos son enemigos desde hace mucho tiempo. El dueño del rancho Coleman es John Coleman y el dueño del rancho Perkins es Albert Perkins, y los dos se odian a muerte. Y el motivo de su odio es el molino de Sam Powers.

—No me diga.

—Sí, señor Foster. El molino es el motivo más importante para que los dos rancheros estén siempre peleando o pegándose tiros.

—¿Por qué?

—Porque los dos quieren el molino.

—Pero el molino era de Sam Powers.

—Desde luego, era de Sam Powers, pero no tuvo más remedio que marcharse de allí.

—¿Por qué?

—Porque unos u otros lo habrían matado.

—¿Al decir unos y otros se refiere a los del rancho Coleman o a los del rancho Perkins?

—Sí, Foster.

—¿Qué pasa con el molino?

—Allí hay unos pozos y el molino saca el agua de los pozos. Y el agua es indispensable para abrevar el ganado en tiempos de sequía. Y en esta comarca durante tres meses al año falta agua porque el río no trae la suficiente.

—Creo que voy comprendiendo. El agua del molino de Sam Powers es deseada por John Coleman y Albert Perkins.

—Correcto, señor Foster.

—¿Y quién ganó?

—Todavía nadie. Han llegado a una especie de acuerdo tácito. Unos días usan el agua los del rancho Coleman y otros días los del rancho Perkins, aunque de cuando en cuando se lían a tiros. Las espadas están en alto. Todavía no se ha decidido la cuestión a favor de uno de los rivales.

—¿Y qué hace usted?

—¿Cómo dice?

—Usted es el marshall Y le pregunto qué hace.

—¿Cree que puedo hacer algo? Ésta es una tierra salvaje. Lo debería saber, señor Foster. ¿O quizá viene de Nueva Orleáns?

—No, no vengo de Nueva Orleáns. Estuve en el río Pecos.

—¿Trabajando en algún rancho?

—Sí.

—Estoy seguro de que en el río Pecos no pasan las cosas que pasan aquí, Foster.

—En todas partes hay problemas, marshall Y para resolverlos, las autoridades tienen que echarle un poco de coraje.

—No me recrimine, muchacho. Hago lo que puedo.

—Y al parecer, puede muy poco.

—Yo he sido la persona que logró que John Coleman y Albert Perkins usen los pozos del molino de Sam Powers en días distintos.

—Entonces, me alegro de haberle conocido, marshall, porque de esa forma ya sabe quién es el dueño del molino de Sam Powers. Yo, Bill Foster.

Allen parpadeó.

—¿Es qué no se va a ir?

—Claro que no me voy a ir.

—Muchacho, que se la gana.

—Oiga, marshall, Sam Powers me nombró heredero del molino, yo acepté la herencia, y ahora voy a tomar posesión de ella.

—No durará, Foster. No durará allí.

—Eso está por ver.

—Sólo tiene una solución.

—¿Cuál, jefe?

—Llegar a un acuerdo con los Coleman y con los Perkins.

—No me interesa.

—¿Qué ha dicho?

—¿Es que está sordo, marshall?

—No, no soy sordo. Le oí bien, pero es que no me gustan sus respuestas. Tendrá que retractarse ante Coleman y ante Perkins.

Jack empezó a levantarse. Escupió un diente en la mano y lo arrojó al suelo.

También se levantaron Mel y Patrick.

Bill Foster se volvió hacia ellos.

—¿Queréis más?

Mel y Patrick miraron al hombre que consideraban su jefe. Éste negó con la cabeza.

—No, Foster, no queremos más de momento —contestó—. Acabó la pelea por hoy. Vámonos, muchachos.

Los tres *cowboys* del rancho Perkins salieron del local.

El marshall David Allen exhaló el aire.

—Si no lo veo, no lo creo. ¡Jack, Mel y Patrick dándose por vencidos! ¡Demonios, les debió pegar muy duro!

—Sólo hice mover un poco los puños. Nada de importancia.

Se oyó una cabalgada de los *cowboys* que se alejaban y casi se llegó a confundir con otros que llegaban. Uno de éstos gritó:

—Eh, Glen, ése parecía Jack con sus dos compinches.

—Lástima que no hayamos llegado a tiempo para zumbarles un poco. Venía decidido a que Jack mordiese el polvo.

El marshall dijo con rapidez:

—Foster, ese que acaba de hablar es Glen Burton, del rancho Coleman. Le tiene ganas a Jack.

—Por fortuna para usted, no podrán pelear porque yo le quité de en medio a Jack.

—Pero usted está aquí, Foster.

—¿Y qué?

—Que tiene melena. Y se van a meter con su melena.

Tres hombres entraron en el local.

Los tres eran altos, pero destacaba de entre ellos uno que tenía el pecho combado como un barril y una cara ancha, con ojos oblicuos y cejas espesas.

—Demonios, si tenemos aquí al marshall Allen.

—¿Cómo te fue en Abilene, Glen?

—No me puedo quejar.

Glen ya estaba en marcha hacia el mostrador.

—¿Su hijita, marshall?

—¿Mi hijita? ¿Qué hijita?

—La nena de las melenitas que tiene con usted.

Foster estaba de espaldas y Allen gimió.

—Ya empezó. ¿No se lo dije, Foster? Ya empezó.

Glen y sus dos compañeros estaban riendo. Se detuvieron ante el mostrador.

—Marshall —dijo Glen—, todavía no me ha contestado sí, la bonita nena que tiene a su lado es su hijita.

—No, no es mi hijita.

—Pero sabrá el nombre de la nena.

—Se llama Bill Foster.

—Oh, no, marshall. No puede llamarse Bill. Es una jovencita con traje de hombre. Pero no deja de ser una nena. ¿Oyes, muñeca? ¿Bebes con nosotros un trago de *whisky*?

Foster no contestó.

Glen y sus dos compañeros reían cada vez con más ganas.

—Muñeca —dijo Glen—, ¿es que se te comió la lengua el gato?

—No, hijo de una mula sorda —respondió Bill Foster.

En el local se hizo un silencio de muerte.

CAPÍTULO III

Glen Burton todavía sonreía, aunque su risa se iba helando poco a poco en sus labios.

—¿Qué fue lo que dijiste, muchachita?

Bill Foster estaba muy serio.

—Te lo voy a decir de otra forma.

—Estoy esperando, melenudo.

El puño derecho de Foster se convirtió otra vez en un borrón y estalló en la mandíbula de Glen como un cañonazo.

Los efectos del cañonazo se hicieron patentes. Glen rodó por el suelo arrollando una mesa y dos sillas.

Pero era muy duro y no se desvaneció.

Se levantó con un tambaleo y se apoyó en una mesa. Estaba rabioso, muy rabioso.

—¡Amigos, vamos a decirle a la muchachita quiénes somos nosotros!

Los tres *cowboys* del rancho Coleman corrieron en busca de su rival. Pero éste no se estuvo quieto. Se adelantó a la acción de los *cowboys* que se encontraban junto al mostrador. Golpeó a uno con la derecha y a otro con la izquierda.

Los dos vaqueros cayeron.

Glen trató de cazar a Bill con un cabezazo, aprovechando que venía lanzado, pero Bill se apartó en el último momento.

Glen embistió el mostrador. La madera estaba podrida o la cabeza de Glen era demasiado dura. Lo cierto fue que hizo un agujero en el mostrador y allí quedó incrustado.

Bill le pegó una patada en los cuartos traseros y lo sacó a tirones.

Los dos *cowboys* habían tenido bastante con un puñetazo para

perder la noción del lugar donde se encontraban. Uno estaba casi bizco y el otro rezongaba por lo bajo:

—¿Dónde está mi mamá? ¿Dónde está mi mamá?

Bill soltó una bofetada en la cara de Glen.

—Chico, quiero que me escuches bien.

—Sí, señor —dijo Glen.

—Yo no consiento a nadie que me cambie el sexo. Estoy muy contento de ser un hombre.

—Sí, señor.

—No lo vuelvas a olvidar.

—Sí, señor.

Bill dejó de sujetar a Glen y éste se derrumbó en el suelo.

El marshall y los otros testigos de aquella pelea estaban perplejos.

Bill sacó una moneda.

—Clark, cóbrese lo que le debo.

El gordito barman meneó la cabeza.

—No, forastero, es una invitación de la casa.

—Preferiría que me cobrase.

—Oiga, señor Foster. Hemos visto muchas peleas en este saloon. Salimos a unas cuantas por semana. Aquí han venido muchos forasteros y todos ellos acabaron echando de menos dientes, cejas, nariz o pidiendo que les entablillasen los huesos.

Usted es el primer forastero que va a salir de este saloon por su propio pie. Fue un espectáculo por el que habría pagado dinero. Así que deje que la casa le invite el trago.

—Como usted quiera, Clark —sonrió Bill—. Hasta la vista, marshall.

Bill Foster echó a andar.

David Allen corrió tras de él y lo alcanzó en la acera de tablones.

—Foster, me descubro ante usted.

—No, por favor, continúe con el sombrero puesto.

—Lo que quiero decirle es que es usted un tipo extraordinario. Y sentiría mucho asistir a su entierro.

—Soy joven.

—Se va a meter en un jaleo demasiado gordo, incluso para usted. Sí, muchacho. Está usted entre los Coleman y los Perkins. Y si no lo barre uno, lo barrerá otro. ¿Por qué no acepta un consejo?

—Acepto los que son buenos.

—El mío lo es.

—Adelante, marshall.

—Deje que hable yo con Coleman y con Perkins. Entre los dos pueden pagarle una cantidad para que se marche.

—Olvídelo, marshall. Ese consejo no es bueno.

—¿Qué no?

—No, señor. No lo es.

Bill montó en un alazán.

—A propósito, marshall, ¿por dónde cae el molino de Sam Powers?

—Seis millas al este. Verá el río enseguida. Siga por la orilla y descubrirá el molino desde una pequeña colina.

—Gracias, jefe.

Bill Foster hizo un saludo con la mano y puso su caballo en marcha.

Descubrió pronto el río y más adelante la colina, y desde lo alto de ésta vio el molino.

Oyó el ruido de los cangilones de la noria que transportaban el agua.

Naturalmente los Coleman y los Perkins no detenían la marcha del molino. Les interesaba que siempre estuviese en movimiento.

El río formaba allí una extensa curva y el agua de la noria era trasladada a una gran balsa. Estaba claro que en aquella balsa era donde abrevaban las reses los rancheros en tiempos de sequía.

Bill se puso a silbar mientras descendía por la colina.

De pronto sonó un estampido.

Foster saltó de la silla.

La bala silbó por encima de su cabeza.

Rodó por tierra y, mientras tanto, le hicieron fuego por segunda vez.

Bill soltó maldiciones.

No le gustaba aquella bienvenida. Pero ¿qué podía esperar después de lo que le había contado el marshall? Estaba claro que en el molino había gente de uno de los bandos, los Coleman o los Perkins. Nunca le había gustado el papel de víctima y tampoco lo quería ser ahora.

Después del segundo disparo, no intentaron mandarle otra bala.

Pero eso era debido a que había llegado a un lugar donde había muchos troncos y arbustos que el río había dejado allí en una de sus crecidas.

Asomó la cabeza poco a poco y localizó el lugar desde donde le disparaban, tras los arbustos que había a la derecha del molino. Unos arbustos muy espesos.

—Entonces oyó una voz femenina:

—¡Lárguese, jovencita!

Lo volvían a confundir con una mujer. Pero esta vez la mujer la tenía él delante, aunque escondida.

—¿Me ha oído, muchacha? —Oyó otra vez.

Bill atipló la voz todo lo que pudo y dijo:

—¡Estoy herida…! ¡Ay, madre mía, yo me muero!

—¿Qué le pasa?

—¡Me hirió! —le respondió Bill con su voz fina.

—¿Dónde? ¿Dónde le di?

—En el tobillín… ¡Ayúdeme, por favor!

—Está bien, muchacha. Será mejor que no toque el revólver.

—¡No lo tocaré!

—Voy a acercarme. Tengo un rifle. Si te veo con el arma en la mano te ganarás otro plomo.

—¡Ay…! ¡Ay, qué dolor!

—Allá voy.

Bill se puso boca abajo.

Oyó pasos que se acercaban. Entornó los ojos. Vio aparecer unas botas y poco a poco el resto del cuerpo, las piernas y las caderas. Aquella mujer se cubría como un hombre.

Estuvo a punto de echar a perder su comedia porque vio la blusa y dio un respingo. La blusa estaba muy llena. Y luego vio un rostro muy bello, ojos verdes, nariz respingona, labios sensuales. Y su cabello parecía hecho con hebras de oro.

La desconocida se acercó más. Llevaba el rifle en la mano, pero apuntaba al suelo.

—¡Se ha desmayado…! ¡Se ha desmayado!

Dejó el rifle en tierra y corrió al lado de Bill.

Le dio la vuelta.

Bill por entre sus párpados vio que la joven fruncía el ceño.

—Usted… ¡Usted no es una mujer!

Se quiso apartar para recuperar el rifle, pero Bill la atrapó por un tobillo y tiró con fuerza.

La hermosa rubia se derrumbó.

—¡Maldito, no es una mujer! —repitió.

—No, no soy una mujer.

—¡Es un bandido!

—No, asesina. Tampoco soy un bandido.

Estaban forcejeando.

La joven logró atrapar una rama y quiso golpear con ella a Bill, pero éste le cogió la muñeca y se la retorció.

—¡Ay, que me parte el hueso!

—¡Le debería partir algo más que un hueso!

—¡Granuja, no me toque ahí!

Bill se dio cuenta de que tenía puesta una mano en la cadera femenina.

La rubia le pegó un rodillazo y logró desembarazarse de él.

La joven gateó en busca de su rifle.

Bill cayó sobre ella justo cuando iba a alcanzar el arma.

Los dos volvieron a rodar.

Ella trató de pegarle zarpazos, pero Bill lo impidió aplastándola contra el suelo.

Se quedaron resoplando, mirándose.

—¡Granuja, me engañó!

—¿Qué podía decir yo de usted? Trató de pegarme un tiro, en donde más me duele, en la cresta.

—¿Trabaja para los Coleman?

—No.

—¿Qué va a decir usted con esa pinta? ¡Está claro que trabaja para los Coleman!

—¿Qué le pasa a mi pinta?

—Esas melenas que le dan el aspecto que le conviene.

—¿De veras?

—Es un asesino, pero se deja las melenas para despistar. Así le toman por una mujer. Se puede acercar a su víctima y, en el momento más inesperado, cae sobre ella como una serpiente de cascabel.

—Oiga, nena, le gusta mucho el drama.

—¡No me gusta el drama y tampoco me llamo nena!

—¿Y cómo se llama?

—Como si usted no lo supiese…

—No soy adivino.

—Vamos, asesino, ¿por qué no sé desenmascara? ¿Por qué no confiesa que me ha seguido para matarme?

—¿Matarla yo? Oiga, criatura, usted lee muchos folletines.

—¡No soy una criatura! ¡Tengo veinte años!

—Perdone, viejecita.

—¡No me llame viejecita que me lo como!

—¿Me va a comer con melenas y todo? Me alegra saber que es una chica que no protesta cuando se encuentra un pelo en la sopa.

—¡No se haga el gracioso, bandido!

—Dígame su nombre.

—¡No me da la gana!

—Si no me dice su nombre le voy a pegar una paliza.

—¿Usted a mí?

—Yo a usted.

—¡Inténtelo y sabrá quién es Olivia Perkins!

—Por fin lo dijo —dijo riendo Bill.

Olivia se llenó de ira.

—¡Tramposo…! ¡Gusano!

Le pegó otro rodillazo y lo lanzó por el aire. Esta vez la joven logró atrapar el rifle, pero, cuando se disponía a disparar, Bill saltó y le arrebató el rifle de un tirón.

—¡Ahora va a saber lo que es bueno, gatita!

Logró ponerla sobre sus rodillas y se puso a palmearle las nalgas.

—¡No me toque ahí!

—La toco donde quiero.

—¡Sinvergüenza, eso no se hace con una señorita!

—¿Dónde está la señorita? Yo no he visto ninguna.

—¡Me está haciendo daño!

—Para eso le pego. Para hacerle daño.

—¡Socorro!

—Cállese o le sigo pegando hasta que se ponga el sol. Bill se cansó de pegarla y la soltó.

Olivia Perkins rodó por la hierba.

Quedó boca abajo sollozando.

Bill se puso de pie.

—Al parecer no le castigaron lo que le debían castigar. Y por eso tiene tan mal genio.

Olivia se revolvió furiosa. El cabello formado por hebras de oro le cubrió uno de sus ojos.

Bill se echó a reír.

—¿De qué se ríe, farsante?

—De usted. Parece la hembra del puma, lista para saltar sobre su presa.

—Es lo que yo quisiera. Saltar sobre usted y dejarlo marcado para toda su vida, Melenas…

Bill siguió sonriendo.

Ella le apuntó con el dedo.

—¡Se ha metido en propiedad ajena, Melenas!

—No me diga.

—Esta tierra pertenece a mi padre, a Albert Perkins.

—No, criatura. No pertenece a su padre.

—No me llame criatura. ¡Y le repito que pertenece a mi padre!

—Se equivoca. Esta tierra es mía.

—¿Suya?

—Soy Bill Foster y heredé el molino de Sam Powers.

Ella hizo un gesto de perplejidad.

—No está hablando en serio.

—Es lo más serio que he dicho en mi vida —alargó su mano—. Tanto gusto.

Olivia ignoró aquella mano y él insistió:

—Quiero que cambiemos un apretón y firmemos la paz, señorita Perkins.

—¡No estrecharía esa mano, aunque tuviese todo el… oro del mundo!

—No tengo todo el oro del mundo, pero, aunque lo tuviese, no se lo daría, señorita Perkins.

La joven se puso en pie.

—¡Esto lo va a pagar, Melenas!

—¿Y cómo lo voy a pagar?

—Con sangre.

—Es usted muy vengativa.

—Cuando le diga a mi padre que usted ha abusado de mí…

—No le diga eso porque querrá que me case con usted, y por

nada del mundo querría tener una esposa tan fiera.

Los ojos de Olivia se agrandaron.

—¿Piensa acaso que yo le quiero como marido?

—Quizá esté deseando atrapar uno.

—¡Es usted un baboso!

—Cuidado, señorita Perkins, o le pego otra vez en las nalgas.

Ella se llevó las manos atrás.

—¡No quiero que me vuelva a tocar!

—Entonces, lárguese y no vuelva. Ya sabe que este molino tiene dueño. Ahora está su legítimo propietario y ése soy yo, Bill Foster. Y a propósito, también puede llamarme Melenas porque ése es el apodo que me pusieron y ya sabe por qué.

Ella echó a andar hacia los arbustos. Pero a mitad del camino se detuvo y dijo:

—Deme el rifle.

—Sí, le daré el rifle. Pero no como usted quiere.

Bill atrapó el rifle e hizo saltar todas las balas. Lanzó el arma hacia Olivia, la cual tuvo que darse mucha prisa para alcanzarlo en el aire.

—Márchese del molino, señor Foster.

—No, no me iré.

—Se arrepentirá de haberse quedado.

La joven echó a andar resueltamente y Bill fue detrás porque no quería recibir una nueva sorpresa. Vio cómo ella subía en un caballo. Olivia le dirigió una mirada.

—Hasta nunca, Melenas.

—Me verá antes de lo que cree.

La joven espoleó su cabalgadura y ésta partió como un rayo.

Bill dio un suspiro.

—De buena fiera te libraste, Bill. Aunque bien mirada, la chica está un rato bien —se oyó decir aquello y agregó—: Olvídalo, Bill. Esa clase de mujer sólo trae problemas.

CAPÍTULO IV

—¡Tengo el cuerpo molido, padre! ¡Lo tengo molido!

—¿Donde te molieron?

—En el molino, y no he hecho un chiste. Fue un tipo al que quiero ver despellejado.

—Entiendo, un *cowboy* del rancho Coleman.

—No, padre.

—¿Y quién es?

—Un melenas.

—¿Un qué?

—¡Un tipo que tiene melenas!

Albert Perkins se frotó la nariz.

—Creí que Jack me había mentido. Que él, Mel y Patrick habían recibido una paliza de los *cowboys* del rancho Coleman. Pensé que habían inventado una historia acerca de un forastero con melenas que llegó a Parker West y les soltó una paliza.

—¡El Melenas! —exclamó Olivia.

—¿Y dices que él está en el molino?

—Sí, padre, y según me explicó, es ahora el dueño del molino porque lo heredó de Sam Powers.

—¿Cuántos hombres trae con él?

—Está solo.

—¿Solo?

—Yo, al menos, no vi a nadie, y me dio la impresión de que decía la verdad.

Albert Perkins se echó a reír.

—¿De qué te ríes, padre?

—De ese tipo. Está solo y quiere ser el dueño del molino. Un poco más y querrá que le paguemos por el agua que le

consumamos.

—Eso es lo que quiero que hagas con él. Que lo consumas, padre. ¡Y que sea cuanto antes!

En aquel momento llamaron a la puerta.

Padre e hija se encontraban en el comedor de su casa. Entró un criado.

—Señor Perkins, hay un tipo muy extraño que pregunta por usted.

—¿Muy extraño?

—Tiene el cabello muy largo.

—¡El Melenas! —exclamó Olivia.

—Sí, señorita Perkins, tiene melenas.

—¿De unos veintiocho años?

—Aproximadamente.

—¿Guapo?

—Eso parece.

—¿Alto?

—Más que yo.

—¿De ojos muy negros?

—Oiga, señorita Perkins. Ya no me fijé en tanto.

—¡Es él, padre! ¡Es Bill Foster! ¡Y ha venido aquí!

—Recibiré a ese hombre, Tom. Que pase dentro de un par de minutos.

—Sí, señor.

El *cowboy* salió.

La joven estaba nerviosa. Se había puesto a pasear de un lado a otro de la estancia. Se detuvo y dijo:

—Padre, quiero que Bill Foster sepa quiénes somos los Perkins.

—Está claro que viene a vendernos el molino.

El padre de Olivia tenía cincuenta años y era alto y fuerte, de tez bronceada.

—¡Está ahí, padre! ¡Está ahí! ¡El hombre que pegó a tu hija la paliza!

—Tranquila, Olivia. Tranquila. Es posible que me ofrezca el molino y me interesa comprárselo. Pero no le voy a dar más de quinientos dólares.

—Me parece demasiado.

—Olivia, si ese molino es mío, no consentiré que John Coleman

abreve allí una sola de sus reses. ¡Será mi mayor victoria sobre él!

—Pero ya quiero que reciba una paliza antes de que se marche de la comarca.

Albert Perkins miró por la ventana y vio a Jack con cuatro hombres.

—Creo que Bill Foster se ganará una paliza. Jack la está preparando con algunos muchachos. Seguro que, cuando el señor Foster salga, se encuentra con algo que no esperaba.

En aquel momento llamaron a la puerta.

—Silencio, Olivia. Quiero hacer el negocio con el señor Foster. Y luego nuestros hombres se encargarán de vengarte.

—Sí, padre.

—Adelante —dijo Albert Perkins.

Se abrió la puerta y Bill Foster entró en la estancia. Tenía el sombrero en la mano.

—¿El señor Perkins?

—Sí.

—Tanto gusto, señor Perkins. Yo soy Bill Foster —miró a Olivia —. ¿Cómo está, señorita Foster?

—Muy mal —dijo Olivia y se llevó las manos a la cadera, pero enseguida las retiró—. Muy mal porque ya le estoy viendo otra vez.

—Es que estuve pensando, señorita Perkins. —Bill se tironeó de una oreja—. Sí, estuve pensando en lo que pasa entre los Perkins y los Coleman. Y me dije:

«Muchacho, que no quede de tu parte. Esto lo tienes que arreglar».

Olivia y su padre se miraron. Los dos sonrieron. La mirada y la sonrisa querían decir que ambos se felicitaban porque habían dado en el clavo. Bill Foster había ido allí para venderles el molino.

—Señor Foster —dijo Albert—, creo que ha venido justo al sitio que le conviene.

—Eso digo yo.

—Haremos el negocio.

—¿De veras, señor Foster? No sabe cuánto me alegra. Yo soy un hombre pacífico.

—Los tres *cowboys* que usted vapuleó en Parker West no dijeron eso.

—No sé qué historia le contaron, señor Perkins. Pero ellos se

metieron conmigo, especialmente con mi cabello. Y no me gusta, ¿sabe? Yo llevo el pelo que me da la gana. Las mujeres me encuentran muy agraciado —al decir aquello miró a Olivia.

La joven levantó la barbilla.

—Yo no le encuentro a usted nada agraciado, señor Foster. Le encuentro muy feo.

—En cambio yo la encuentro a usted muy bella. Y es lo que dicen en mi pueblo:

«El hombre debe ser feo y la mujer hermosa para que se complementen bien complementados».

—No me interesa saber lo que dicen en su pueblo, señor Foster.

Albert Perkins carraspeó:

—Señor Foster, le decía que me alegro de que haya pensado en mí antes que en John Coleman. Porque imagino que no lo habrá visitado a él.

—Todavía no. Conocí a su hija y decidí visitarle a usted en primer lugar.

—Eso está muy bien, señor Foster. ¿Quiere un *whisky*?

—Siempre viene bien un trago.

—Olivia, ¿nos sirves un *whisky* a cada uno?

—Por favor, señorita Perkins —sonrió Bill—. A mí no me ponga veneno.

Olivia contestó con los dientes apretados:

—Lástima que no lo tenga. Le echaría toda la botella.

Bill rió.

—Tiene usted una hija muy impulsiva, señor Perkins.

—Estoy orgulloso de ella.

—Usted no tiene ningún hijo varón.

—¿Cómo lo acertó?

—Resulta sencillo si está orgulloso de su hija.

—Cuidado, señor Foster. No quiero que se meta con mi familia. Usted no quiere que nadie se meta con su melena.

—Oh, sí, desde luego. Aunque son dos cosas distintas.

Olivia había escanciado el *whisky* y se acercó con una bandeja donde estaban los vasos.

Bill cogió un vaso y Robert Perkins el otro.

—Brindo porque nos entendamos rápidamente, señor Foster.

—Lo mismo deseo.

Entrechocaron las copas y bebieron un trago.

Perkins chasqueó la lengua.

—Bien, señor Foster. Haga su oferta.

Foster le guiñó un ojo.

—Tiene usted vista, señor Perkins. Ha conocido inmediatamente el motivo de mi visita.

—Soy un hombre de mundo, Foster.

—Cincuenta dólares.

Perkins iba a beber otro trago, pero se quedó con el vaso en el aire. Miró otra vez a su hija. Los dos estaban asombrados. Albert había dicho que estaba dispuesto a pagar quinientos dólares por el molino y era un precio irrisorio. ¡Y aquel hombre sólo le pedía cincuenta dólares!

Albert Perkins se echó a reír.

Y también rió Olivia Perkins.

—¿Me das una servilleta, Olivia?

Se fueron al fondo de la estancia y Olivia abrió el cajón de un armario donde estaban las servilletas.

Albert le habló en voz baja:

—¿Has oído, hija? Me pide cincuenta dólares. Es un retrasado mental. Debí imaginarlo. Esos tipos melenudos tienen muy poca inteligencia.

—El caso es que a mí no me parecía tan tonto, padre.

—Pues ahora ha demostrado que lo es. ¡Cincuenta dólares! ¿No es para echarse a reír?

—¿Qué vas a hacer?

—¡Darle los cincuenta dólares ahora mismo!

Albert cogió una servilleta y la pasó por sus labios mientras se dirigía a Foster.

Olivia dijo:

—¿Quiere usted otra servilleta, señor Foster?

—No, gracias.

Perkins sacó un fajo de billetes de la cartera y puso sobre la mesa diez de a cinco dólares.

—Ahí tiene, señor Foster. Cincuenta dólares.

Bill cogió los billetes y los contó.

—Están justos. Ya puede llevar si quiere sus reses al molino, señor Perkins. Ah, por cierto, se seguirá llamando molino de Sam

Powers en honor de mi viejo amigo Sam… Me gustaría cobrar siempre por adelantado, señor Perkins. De modo que, cuando sus hombres lleven las reses a abrevar al molino, el capataz o cualquier otro que lo represente pagará los cincuenta dólares a su llegada.

—¿Cómo ha dicho? ¿Qué tendré que pagar cincuenta dólares cada vez que lleve a abrevar mi ganado al molino?

—Creí que lo había entendido, señor Perkins.

—¡Yo le he pagado cincuenta dólares por su molino, y ahora es mío!

—Yo no le he ofrecido en ningún momento mi molino. ¿Quién cree que soy? ¿Un idiota?

La cara de Albert Perkins se puso roja.

—Señor Foster, devuélvame los cincuenta dólares.

—Acaba de pagar los derechos para abrevar su rebaño durante un día, señor Perkins. Y es lo que tendrá que pagar cada vez que sus reses beban el agua de la balsa de Sam Powers.

—¡Yo no le voy a pagar a usted un centavo por abrevar mis reses allí!

—No está bien que diga eso, señor Perkins. El molino es propiedad privada, y yo soy el dueño del molino. Le voy a devolver los cincuenta dólares, pero no quiero ver una sola de sus reses allí. ¿Lo entiende? Para usted no existe el molino de Sam Powers.

Arrojó los billetes sobre la mesa y algunos de ellos revolotearon y cayeron al suelo.

Foster terminó de beber su *whisky* y también él chasqueó la lengua.

—Un buen *whisky*, señor Perkins. Gracias por la invitación.

Echó a andar, pero al llegar a la puerta se detuvo y dijo:

—Hasta pronto, señorita Perkins —y salió de la habitación.

Olivia logró recuperar el habla.

—¡Bill El Melenas va a recibir ahora lo suyo! —corrió tras de Foster—. No me lo quiero perder por nada del mundo.

CAPÍTULO V

Bill Foster salió de la casa.

Le estaba esperando un buen comité de recepción. Cinco hombres. Y a la izquierda había otros tres, Jack, Patrick y Mel, los hombres que él había vapuleado en el saloon Maggie. Los tres conservaban en la cara las huellas de sus puños.

—Hola, Melenas —le saludó Jack.

—Hola, muchachos, ¿cómo os va?

—La mar de bien.

—Me alegro mucho.

—Chicos, os presento a Bill el Melenas.

Los cinco hombres sonrieron. Ninguno de ellos dijo nada.

Bill tenía su caballo a la derecha. Podría echar a correr y saltar a la silla, pero lo cazarían antes de que llegase a montar. No, no era una buena idea.

Oyó pasos a sus espaldas y, sin mirar, supo que era Olivia Perkins.

Ella se detuvo y dijo:

—¿Alguna contrariedad, señor Foster?

—Sus muchachos quieren organizar una fiesta.

—Les debe haber caído usted muy simpático.

—Sí, eso creo yo. Tanto como a usted.

—¿Qué le pasa, señor Foster? ¿Tiene miedo?

—En mi pueblo dicen que cuando unos hombres se valen de su número para vencer a otro es porque tienen miedo.

—Ya le dije que no me interesaba lo que se dice en su pueblo.

—Entiendo, usted sólo ha salido para ver cómo sus hombres me sacudían.

—La vida es así, señor Foster.

—Muchachos —dijo Bill—. Le di una paliza a vuestra patrona en las nalgas.

Olivia dijo por detrás de él:

—¡Bastardo, no hacía falta que les aclarase el punto!

Bill prosiguió:

—¿Dónde estaba yo? Ah, sí, les estaba hablando de los cuartos traseros de su patrona. Los debe tener morados. Pues bien, aquel que no quiera recibir lo mismo que Jack o, que sus amiguetes que se aparte. Lo aviso, muchachos. No tendré compasión.

Olivia gritó:

—¡Es un fanfarrón! ¡No podrá con vosotros cinco! ¿Qué estáis esperando?

¡Adelante!

Los cinco hombres subieron al porche y avanzaron sobre Bill con los puños cerrados.

Bill empezó su actuación. Atrapó con rapidez a Olivia por la muñeca y la lanzó contra los cinco hombres.

Olivia pegó un chillido al golpear contra tres de los *cowboys*.

Los cuatro se derrumbaron.

Bill sólo tuvo que hacer frente a dos enemigos y en una fracción de segundo les cascó usando los dos puños. Y los otros tres hombres todavía estaban en el suelo.

Bill no esperó a que se levantasen.

A uno le pegó una patada en la mandíbula y lo mandó contra la verja del porche, que estalló en pedazos. Cazó a otro con un segundo puntapié y al tercero le hizo polvo el hígado.

Bill ya no se detuvo más. Echó a correr hacia su caballo y saltó a la silla.

Olivia se estaba poniendo en pie y Bill le gritó:

—Úntese con alcohol los cuartos traseros. Es bueno para las moraduras.

Y luego espoleó su alazán, que partió como una centella. Olivia empezó a gritar:

—¡Salvaje…! ¡Canalla…! ¡Vuelva aquí! ¡Maldito sea! Bill le respondió con una gran carcajada y siguió galopando sin descanso; poco después se encontraba lejos del rancho de los Perkins.

Había pasado un gran peligro.

Estaba contento, y después de aflojar las riendas para que su

caballo fuese al paso, se puso a cantar:

> «Una rubia muy impulsiva en mi camino se cruzó, sacarme los ojos quería con muy poco amor.
> Y yo le dije: Preciosa, ¿los ojos darte yo?
> No, rubia preciosa, me causarías un gran dolor, y yo necesito los ojos para ver tu lindo color».

Dejó de cantar cuando llegó cerca del molino.

De pronto descubrió algo que se movía en la balsa. Saltó de la silla y se acercó sigilosamente.

Se quedó de piedra. Una mujer se estaba bañando en la balsa. Sí, una chica más o menos de le edad de Olivia Perkins. Pero ésta era morena. Veía su rostro, que era bellísimo, y su cuello y sus hombros desnudos. Demonios, sería cuestión de hacer un examen más de cerca.

Se aproximó agachado, pero su bota izquierda rompió una rama.

La joven oyó el chasquido y miró hacia el lado donde él se encontraba.

—¡Maldito mirón! ¿Qué hace ahí?

Bill sonrió.

—Hola.

—¿Qué es usted? ¿Mineral o vegetal? Lo digo por las melenas.

—Sí, ya supuse que lo diría por mi cabello.

—¿Desde cuándo está ahí escondido?

—Llegué hace un momento.

—¡Miente! Apuesto a que me siguió.

—¿Para qué iba a seguirla?

—Para ver cómo me desvestía.

—Se equivoca, señorita… ¿Cómo dijo que se llamaba?

—No se lo he dicho.

—Pues dígamelo ahora.

—¡No me da la gana!

Bill dio un suspiro.

—Oiga, ¿es que en esta comarca no enseñan educación a las chicas?

—No se haga el gracioso o lo ahogo, melenudo. ¡Lárguese!

—No me puedo largar.

—¿Por qué no?

—Soy el dueño de la balsa en donde usted se está bañando.

—¿De qué habla?

—Soy Bill Foster, el heredero de Sam Powers.

—¡Usted es un desgraciado!

—Conque sí, ¿eh? Pues ya está saliendo de ahí para pagarme un dólar.

—¿Pagarle un dólar? ¿Por qué?

—Mire, señorita, he decidido cobrar a toda persona o animal que use mi balsa. Si usted se considera animal, puede quedar incluida en un rebaño, y quizá le salga más barato. Los ojos de la joven centellearon.

—¿Sabe con quién está hablando, desgraciado?

—Quise saberlo, pero usted no me lo dijo.

—Soy Natalie Coleman.

—Conque el ranchero John Coleman también tiene una hija.

—Su única hija.

—He supuesto que era única, como Olivia Perkins, Usted está tan mal educada como ella. Al parecer, se creen dueñas del mundo.

—No me hable de Olivia Perkins.

—Son enemigas, ¿eh? Lo mismo que sus padres. Se transmiten el odio de padres a hijos. Y ustedes dos se lo transmitirán a los nietos. Los Perkins y los Coleman no se pueden ver ni en pintura, y así continuarán por los siglos de los siglos hasta el juicio final.

—Habla como un reverendo.

—No soy ese tipo de hombre. Y ya está saliendo de ahí.

—¿Cree que voy a salir mientras usted me mira?

—¿Qué le pasa? ¿Está como la trajeron al mundo?

—¡Eso no es cuenta suya…! Señor Foster.

—Diga, señorita Coleman.

—Estoy como usted sugirió.

—¿Cómo un bebé?

—¡No me compare con un bebé! ¡Lo que yo quiero decirle es que se ponga de espaldas para que salga de la balsa!

—Me pondré de espaldas.

—¿Promete no mirar?

—Se lo prometo.

—Muy bien. Vuélvase de espaldas y recuerde que lo ha prometido.

Bill hizo un gesto afirmativo y se volvió de espaldas.

Oyó el chapoteo de la joven cuando salía.

—¡No se vuelva, señor Foster!

—¡No me vuelvo!

—¡Tenga los ojos cerrados!

—¿Es que no le basta con que esté de espaldas?

—¡No! ¡Cierre los ojos!

—Está bien. Cerraré los ojos.

—Tengo las ropas muy cerca, de modo que siga así durante cinco minutos.

Oyó que la joven se alejaba. Estuvo a punto de volverse, pero recordó que había hecho una promesa.

De pronto algo zumbó por encima de su cabeza y se vio atrapado por un lazo.

La cuerda dio un tirón y se derrumbó en el suelo.

Se puso boca arriba y vio a Natalie Coleman. Era ella la que le había echado el lazo. Tenía un revólver en la mano mientras con la zurda sostenía la soga. Y no estaba como un bebé recién traído al mundo. Tenía encima una enagua que chorreaba todavía, y que se adhería a sus formas como una segunda piel.

—Yo en su lugar, no intentaría escapar, Melenas.

—¿O si no qué?

—Le pego un tiro.

—¿Se atrevería?

—Trate de librarse de la cuerda y saldrá de dudas.

—No me interesa salir de dudas.

Natalie sonrió victoriosa.

—Eso creía yo.

—¿Puedo levantarme, señorita?

—No, no puede.

—¿Qué pasa? ¿Es que tiene miedo? Estoy atrapado.

—Todo fue un plan y me salió bien.

—¿Cómo dice?

—Vi llegar a Glen Burton y a los otros dos vaqueros al rancho. Usted les pegó una paliza. Y juré que se lo haría pagar al autor, y el autor resultó ser un tal Bill Foster, recién llegado a la comarca. Fui

a la ciudad y hablé con el marshall y él me explicó el resto. De modo que sólo tuve que venir aquí para tenderle la trampa.

Bill señaló la balsa.

—¿Decidió bañarse para sorprenderme?

—Sí, señor Foster.

—Y yo creí que la había sorprendido a usted.

—Eso demuestra una cosa, señor Foster. Que yo soy más lista que usted. —¿Y qué viene ahora, señorita lista?

—Lo voy a atar a un árbol.

—¿Y luego?

—Lo azotaré.

—¿Y luego?

—Cuando termine de azotarlo llegará a la conclusión que es mucho mejor para usted que abandone Parker West inmediatamente.

—¿Así de sencillo?

—Así de sencillo.

CAPÍTULO VI

—Sería mejor que renunciase a azotarme, señorita Coleman.

—Yo no renuncio a nada de lo que me propongo.

—¿No le contaron sus hombres cómo fue la pelea? ¿No le dijeron que ellos tres pelearon contra mí al mismo tiempo?

—Deje de llorar.

—No estoy llorando, señorita lista. Sólo le cuento lo que realmente pasó en el saloon Maggie.

—En pie.

—¿Va a seguir con su idea de azotarme?

—Desde luego. Y cuidado con lo que hace. Recuerde que tengo el dedo en el gatillo. Procure ni siquiera tambalearse porque pensaré que trata de atacarme y no tendré más remedio que hacer fuego.

Bill se puso en pie.

—No sabía que fuese también una asesina.

—No soy una asesina. Si lo fuese, le habría soltado ya un pildorazo.

—¿Dónde me va a azotar?

—Eche a andar hacia los árboles.

—Sí, señorita lista.

Bill se puso en marcha.

Natalie fue detrás, manteniendo tirante la cuerda para que el lazo que aprisionaba a Foster no perdiese su fortaleza. También seguía apuntando a su prisionero con el revólver.

—¿Ha elegido ya el árbol? —dijo Bill deteniéndose.

—No sé cuál vendrá bien.

—¿Me permite que le ayude? —señaló uno—. Ése es demasiado grueso. El que está a la izquierda, es demasiado delgado.

—No necesito sus sarcasmos. Póngase en ese árbol.

Estaba señalando uno de un diámetro mediano.

Bill se dirigió hacia ese árbol. Tenía las manos preparadas y las usó en el momento justo, cuando más decidido caminaba. Esperó haber confiado a la joven.

Atrapó con sus manos la cuerda y tiró con fuerza.

Natalie disparó, pero lo hizo cuando ya se tambaleaba y el revólver apuntó al suelo.

La cuerda se aflojó y Bill abrió los brazos y el lazo cayó a sus pies. Y lo hizo justo para recibir a Natalie y aprisionarla por la muñeca armada.

Los dos forcejearon y cayeron en la yerba.

—¡Canalla! ¡Miserable!

Aquella pelea le recordó a Bill la otra, la que había sostenido con Olivia Perkins.

Estaba harto de aquellas jovencitas.

Quedó encima de Natalie, y le soltó una bofetada que sonó como un cohete.

Natalie lo miró asombrada.

—¡Me ha pegado! ¡Ha pegado a una mujer!

—Y ahora voy a hacer otra cosa con ella.

—¿El qué?

—Esto.

Aplastó su boca contra la femenina.

Natalie, sorprendida, no pudo hacer nada para impedir aquel beso.

Y cuando Bill se apartó, Natalie siguió tan sorprendida como antes.

Y entonces Bill parodió:

—¡Oh, me ha besado…! ¡Ha besado a una mujer! ¡Zarrapastroso…! ¡Legañoso…! ¡Tiñoso!

—Oiga, ¿sabe que tiene usted un vocabulario exquisito? Se nota que se ha debido educar en los mejores colegios.

—¡Claro que me he educado en los mejores colegios!

—¿Y qué hacía con sus profesoras? ¿Las azotaba cuando intentaban corregirla?

—¡Eso no me lo dice a mí nadie!

—Se lo digo yo, Bill Foster.

—Bill el Melenas.

—Sí, señorita Coleman, Bill el Melenas, pero yo tengo más educación.

—Usted no la vio ni por el forro.

—En un hombre es disculpable ciertas faltas de urbanidad, pero no lo es en una señorita, hija de un padre rico. No, señorita lista. Lo de usted no es perdonable, y yo la debo tratar como a una cualquiera.

—¿Y cómo trata a una cualquiera?

—Así —dijo Bill y la volvió a besar.

Ella gruñó, pero no pudo librarse de los labios de Bill Foster.

Cuando Bill terminó aquel beso ella rugió:

—¡Salvaje…! ¡Bruto…! ¡Animal…! ¡Está besando a una mujer indefensa!

—¿Indefensa usted, señorita lista? Tenía un revólver y un lazo. ¿Recuerda? Se metió en esa balsa para atraparme. Simuló que estaba como vino al mundo. Y procuró que no le viese la enagua. Usted sabía que yo me estaba acercando y mostró sus hombros desnudos. ¿Para qué? Para que yo picase. Y eso quiere decir que, a sus veinte años, sabe mucho para conquistar a un hombre. Y apuesto a que no necesita aprenderlo. ¡Y eso demuestra una vez más, que es una girl! ¡Y la voy a tratar como a una girl La besó por tercera vez y se levantó!

Natalie continuaba en el suelo, la enagua adherida a su piel.

—Levántese, señorita lista.

—¡Usted no me da a mí órdenes!

—Muy bien. Quédese donde quiera.

Bill recogió el revólver del suelo.

La joven se echó a llorar.

Bill se sentó en un tronco y empezó a liar un cigarrillo. En un momento determinado, Natalie se volvió.

—¡Debería preguntarme por qué estoy llorando!

—Ya lo sé.

—¿Ah, sí? ¿Por qué estoy llorando?

—Porque es usted muy orgullosa, señorita lista. Y probablemente, soy el único hombre que la ha dominado.

Los hermosos ojos de Natalie Coleman brillaron fieramente.

—¡Usted es un…!

—¿Miserable?

—¡No! Un…

—¿Gusano?

—¡No! Es un…

—¿Zarrapastroso?

—¡Maldito sea, cállese de una vez y se lo diré!

—Adelante.

—¡Es un maldito melenudo! ¡Eso es lo que es! ¡Un maldito melenudo!

Bill soltó una carcajada.

Natalie cogió una piedra y la lanzó.

Bill se agachó a tiempo para burlar el proyectil.

—¡Coja otra piedra y la vuelvo a tratar como a una girl!

—¿Quiere decir que me besaría?

—¡Eso mismo!

—¡Usted no me volverá a besar en todos los días de su vida!

—Compórtese como una señorita y no la volveré a besar. Natalie apretó los puños contra los muslos.

—¡Voy a marcharme de aquí!

—Puede hacerlo.

—¿Me deja en libertad? —preguntó Natalie asombrada.

—¿Es que piensa que la iba a invitar a cenar y a pasar la noche en el molino?

—¿Yo pasar la noche con usted, melenudo? ¡No siga pensando que soy como una girl! ¡No lo siga pensando o le hago estallar la cabeza como un melón podrido!

Bill hizo girar el revólver en el dedo índice.

—Tengo su «Colt», señorita lista. No me podrá mandar una bala, a menos que disparé con el dedo.

—¡Quiero vestirme!

—Muy bien. ¿Dónde tiene la ropa?

—Detrás de los arbustos.

—Pues vístase.

—Ah, no, eso sí que no. ¡Usted espera a que yo me vista para verme lo que hasta ahora no me ha podido ver!

—Yo no la veré nada. Absolutamente nada. No me pida que me vuelva de espaldas porque esta vez no lo haré… No, señorita Coleman. Esta vez tendrá que ser usted la que ponga cuidado en

que no le vea su linda piel.

Ella levantó la barbilla.

—Muy bien. Iré a vestirme. ¡Pero usted no se moverá de ahí!

—No me moveré con una condición.

—¿Cuál?

—La de que se ponga a cantar.

—¿Cree que estoy alegre para cantar?

—Cantará para que yo sepa que sigue ahí y que no trata de sorprenderme de nuevo.

—Está bien. Cantaré.

Natalie desapareció tras los arbustos.

—Eh, señorita Coleman, que no la oigo cantar.

—¡Maldita sea, estoy cantando!

—Pues cualquiera lo diría. Tiene menos voz que una botella de zarzaparrilla.

—¡Maldita sea! ¿Todavía se atreve a burlarse de mí?

—¡Cante y déjese de cuentos!

Natalie se puso a cantar:

> «Los hombres son malos y duros de pelar y cuando apenas ven a una chica, ya la quieren besar.
>
> Ten cuidado, Natalie, que éste te puede dar un beso tras de otro, hasta seis. Y luego se querrá casar».

Salió vestida, estirándose la falda.

—Ya estoy lista.

—De casarme, nada, señorita lista.

—¿Eh?

—Sugirió que después de seis besos yo tendría que casarme con usted. Y no está en mi ánimo casarme con una chica tan mal educada.

Ella apretó sus menudos dientes.

—Señor Foster, si yo me viese obligada a casarme con usted, me ahorcaría la noche de bodas.

—Y yo le facilitaría muy gustoso la cuerda.

—¡No quiero discutir más con usted! ¡Me tiene harta!

—Qué casualidad. Usted también me tiene harto.

—¡Quiero irme a mi casa!

—Oh, sí, la pobrecita niña quiere irse a casa antes de que el lobo la sorprenda en el bosque.

—El lobo ya me sorprendió. ¡Un lobo con una gran pelambrera!

La joven se metió otra vez entre los arbustos. Y esta vez Bill fue detrás de ella.

El caballo de Natalie estaba cerca.

—¿Me devuelve mi revólver? —dijo la muchacha ya en la silla.

Bill hizo soltar las balas del tambor y arrojó el «Colt» hacia la joven. Era la segunda vez que vaciaba un arma en aquel día.

Natalie espoleó su cabalgadura mientras gritaba:

—¡Le odio, señor Foster! ¡Le odio con todas mis fuerzas!

—¡Ya me debe un beso!

Ella tiró de las bridas.

—¿Yo darle un beso? ¿Por qué?

—Por odiarme, señorita Coleman. Simplemente por odiarme.

—¡La próxima vez que trate de besarme no vivirá para contarlo!

Bill rompió a reír.

—Es usted sensacional. Hasta vencida continúa siendo orgullosa.

—¡Usted no me venció!

—¿Ah, no?

—Esto sólo fue una escaramuza, señor Foster. La gran batalla se celebrará más tarde.

—¿Cuándo?

—No lo sé. Pero cuando se ventile la batalla entre usted y yo, sabrá quién es Natalie Coleman.

La joven hizo correr su caballo y ya no lo detuvo.

Bill se rascó detrás de una oreja.

—Demonios, Bill, dos mujeres tan hermosas y con tan mal genio en el mismo día es demasiado, incluso para ti. Tendrás que descansar un poco.

CAPÍTULO VII

—¡Me besó! ¡Y me abrazó!

—¿Llego a…?

—No, padre. No llegó hasta el final. Sólo hizo eso. Abrazarme y besarme. Pero ¿te parece poco, padre? ¡Un desconocido hizo eso con tu hija!

—¡Ese canalla deseará no haber nacido!

—Es lo que espero de ti. Que le des la lección de su vida.

—De eso puedes estar segura, Natalie.

John Coleman tenía cincuenta afros y era alto, de cabello rojizo y nariz pecosa.

No paraba de comer mientras hablaba. Ahora se llevó un muslo de pollo a la boca y le pegó un mordisco.

—Padre, ¿es que no puedes dejar de comer mientras te digo mis problemas?

—Pero si te escucho, Natalie. ¿Sabes lo que voy a dejar de Bill Foster? ¡No le voy a dejar ni esto! —Y le pegó otra dentellada al muslo.

Un hombre con la cara hinchada entró en el salón. Tenía también un ojo negro.

—¡Ahí está! —gritó—. ¡Ahí está!

—¿A quién te refieres, Lou? —rezongó el ranchero.

—No soy Lou, patrón, soy Glen.

—Oh, sí, te pareces a Lou desde que el Melenas te pegó la paliza.

—El Melenas se está acercando a su casa. Viene en un caballo.

Coleman tenía el trozo de pollo en la boca y se le atragantó.

Su cara se puso roja y sus ojos se desorbitaron.

—¡Me ahogo! —dijo—. ¡Me ahogo!

Alargó la mano porque quería llegar hasta el vaso de vino, pero

no logró alcanzarlo.

Natalie se apresuró a alcanzarle el vaso.

Coleman pasó aquel trago gracias al vino.

—¡Glen! —exclamó tras el difícil trance—. ¿Hay hombres fuera?

—Tres.

—¡Prepáralos!

Natalie corrió hacia la ventana y miró por los cristales.

—¡Se detiene ante el porche! ¡Y está la mar de tranquilo! ¡Menudo caradura! ¡Ya ha subido al porche! ¡Viene a verte, padre! ¡Viene a verte!

—¿No te dijo el marshall que era el dueño del molino de Sam Powers?

Natalie hizo un gesto de satisfacción.

—Le debí acobardar. Después de mi visita, pensó que sería mejor venderte el molino.

John se dirigió a Glen.

—Muchacho, dile a ese hombre que pase.

—Sí, señor.

Glen salió de la habitación y se encontró con Bill Foster en el vestíbulo.

—Eh, Glen, ¿cómo va esa cara?

—No puedo reír porque si lo intento me duele hasta el bigote.

—No te preocupes. Mejorarás con el tiempo.

—Espero que sí. El señor Coleman ha dicho que puede pasar.

—Gracias, Glen. Sin rencor, ¿eh?

—Sin rencor —asintió Glen y de buena gana hubiese estallado en una carcajada porque, cuando Foster saliese de la casa, le llegaría el desquite.

Bill abrió la puerta que Glen le indicaba.

Vio a un hombre pelirrojo que comía y también vio a Natalie, que estaba en pie, junto a la ventana, muy tiesa, los brazos cruzados bajo los grandes senos. El ranchero rezongó:

—Conque es usted Bill Foster.

—Puede llamarme también Bill el Melenas, señor Coleman. No me molesta. Lo único que me parece mal es que me cambien el sexo.

—Sí, ya me lo dijo Glen.

—Usted se preguntará por qué vengo aquí.

—¿Preguntármelo? Oh, no, tengo la respuesta.

—¿Está seguro de que la tiene?

—Desde luego. Usted es listo, Foster. Y sabe lo que le conviene.

—Oiga, ya hubo un error y sería mejor que se lo explicase. He decidido que, tanto usted como el señor Perkins, paguen por abrevar en la balsa de mi molino. Por cada día que abreven sus cornilargos, tendrán que pagar cincuenta dólares.

Coleman se atragantó de nuevo. Pero esta vez no necesitó la ayuda de su hija.

Atrapó la botella de vino y bebió un largo trago.

Natalie no se atragantó tras escuchar a Bill porque no estaba comiendo, pero su gesto de asombro indicaba a las claras el efecto que le habían producido las palabras de Bill.

Coleman dejó la botella en la mesa y, después de secarse la boca con el dorso de la mano, dijo:

—¿Ha dicho que yo tengo que pagar cincuenta dólares para llevar mis reses a beber su puerca agua?

—Si es tan puerca, ¿por qué la beben sus reses?

—¡Es una forma de expresarme! Pero yo no voy a pagar cincuenta dólares porque mis cornilargos beban su agua.

—¿Pagaría cuarenta y nueve dólares, señor Coleman?

—No.

—¿Cuarenta y cinco?

—No.

—¿Treinta y cinco, señor Coleman?

—¡No! Y no siga, señor Foster. ¡No voy a pagar un solo centavo!

—¿Por qué?

—Porque no me da la gana pagar por algo que obtengo gratuitamente.

—Usted no tiene ningún derecho a obtener gratuitamente el agua de la balsa de Sam Powers, señor Coleman. La balsa tiene dueño. Y el dueño lo tiene usted delante de sus ojos.

—¡Yo le diré lo que va a hacer, Foster!

—¿Usted me lo dirá?

—Me venderá su molino.

—¿Cuánto ofrece, señor Coleman? ¿Un dólar?

—¡Claro que no!

—Creí que había fijado un dólar como precio simbólico de la

sucia operación que ha pensado su cochino cerebro.

Coleman se levantó de un salto.

—¡Señor Foster, está usted en mi casa y no le consiento que me insulte!

—Yo estaba en la mía y su hija hizo algo más que insultarme. Fue allí para arrancarme la piel con una soga.

Bill miró a la joven la cual levantó la barbilla, pero no respondió.

—Señor Foster —dijo Coleman con voz ronca—. Necesito su agua.

—También Perkins la necesita. Y, por tanto, tendrán que pagar por ella los derechos correspondientes. Y yo los fijo en cincuenta dólares por día. Es un precio justo teniendo en cuenta que ustedes tienen miles de reses.

—¿Aceptó Perkins?

—No.

—¡Yo tampoco acepto!

—Creí que era usted más listo que Perkins.

—¿Piensa que yo voy a pagar cincuenta dólares por abrevar mis reses mientras Perkins las abrevará por nada?

—Sólo abrevará sus reses el que pague la cuota. Si Perkins no paga, no abrevará una sola res.

—De modo que se opondrá a que cualquiera de nosotros abreve si no paga.

—Lo dijo muy claro.

—Dígame, señor Foster, ¿de cuántos hombres dispone?

—De ninguno.

—Entiendo, pero piensa contratar a unos cuantos.

—Pienso seguir solo.

Coleman arrugó el ceño.

—¿Y pretende mantenernos alejados a mí y al señor Perkins de su balsa con su sola presencia?

—Sí, señor Coleman, es lo que haré.

—¡Está chiflado! ¡Completamente chiflado! Ya estoy enterado de lo que hizo con sus puños en el pueblo. Es usted bueno pegando palizas. Pero no podrá impedir que el señor Perkins o yo mismo llegue al molino con sus reses para usar el agua. ¡No podrá hacer nada por impedirlo! ¡Y si se empeña en morir va a ser cuestión

suya!

—Son ustedes un par de salvajes.

—¿Qué ha dicho?

—¡Que usted y el señor Perkins son unos salvajes! Tienen una linda casa. Tienen grandes rebaños. ¿Por qué no han de pagar por usar algo que no les pertenece?

—Nunca hemos pagado.

—Pues ya va siendo hora de que lo hagan…

—Eso encarecerá nuestras reses.

—Ridículo, señor Coleman. ¿Qué son cincuenta dólares divididos entre todas sus reses? Y no necesitan la balsa del molino durante todo el año. Únicamente los meses en que el río lleva poca agua. Eso quiere decir que yo tengo que sacar en dos o tres meses las ganancias de todo un año.

—Es usted muy listo. Pero conmigo no le vale.

—No se trata de que yo le demuestre todo lo listo que puedo ser, señor Coleman.

Le estoy haciendo una oferta justa, y también se la hice a Perkins. Le propongo que nos reunamos los tres y que firmemos el oportuno contrato. En ese documento se fijará la fecha en que cada uno irá con sus reses al molino.

—¡No piense que voy a aceptar!

—Lo siento por usted.

—¿Lo siente? ¿Va a estar usted solo y dice que lo siente?

—Dispararé contra cualquier hombre que se acerque con reses al molino de Sam Powers. Y naturalmente a las reses que entren en mi propiedad.

—¡Mate a uno solo de mis cornilargos y lo ahorco del árbol más cercano!

—Está acostumbrado a hacer su voluntad, igual que Perkins. Y cada uno de ustedes ha criado a una hija que es tan salvaje como ustedes. Pero los domaré, señor Coleman. Yo los domaré a usted y a Albert Perkins. Y también domaré a sus hijas, aunque sea lo último que haga en esta vida.

Bill giró sobre sus talones y salió de la estancia.

—¿Qué te pasa, Natalie? —dijo el ranchero—. Has estado muda todo el rato.

—Estoy un poco confundida, padre. Eso es todo.

Coleman se dirigió hacia la puerta.

—¿Adónde vas, padre?

—¿Es que no te acuerdas? A Bill Foster le van a dar un premio por haberse atrevido a venir aquí. ¿No vienes?

—Sí, iré contigo.

Padre e hija salieron de la habitación.

En aquel momento se oyó un chasquido en el porche y un hombre entró convertido en una bola.

—¡Ahí tienes a Bill Foster! —rió Coleman.

Pero cuando el bólido humano se estrelló contra una columna, vieron que se trataba de uno de sus vaqueros.

—¡Es Buster! —exclamó el ranchero.

El llamado Buster escupió varias muelas y terminó de desmayarse.

Fuera se produjo un nuevo chasquido.

Otro hombre entró volando por la puerta.

—¡Éste tiene que ser el Melenas!

Pero también John Coleman se equivocó. Cuando el tipo se derrumbó, pudieron comprobar que se trataba de un vaquero.

—¡Es Lorigan, padre!

Lorigan tenía la nariz muy chata.

—¡No puede ser Lorigan! ¡Tenía la nariz aguileña!

La víctima contestó:

—Pero me ha pegado un puñetazo en ella, señor Coleman. Seré chato para el resto de mi vida.

Coleman echó a correr hacia la puerta. Pero otro bólido humano lo arrolló.

Los dos hombres, entrelazados, fueron a parar al pie de la escalera que conducía a las habitaciones de arriba.

—¡Maldita sea!, ¿quién me ha arrollado? ¿Quién? —chilló Coleman.

Le contestó Natalie.

—Tampoco es Bill Foster.

Tenía razón. Era un tercer vaquero.

Fue ahora la joven quien, con algunas precauciones se asomó a la puerta.

Casi se tropezó con Bill.

Él tiró de ella con fuerza y la besó en la boca.

Natalie se dejó besar, sin ofrecer resistencia.

John Coleman gritó:

—¡Hija! ¿Qué estás haciendo?

Ella se apartó.

—Yo no estoy haciendo nada. Foster lo estaba haciendo todo, padre.

—¿Y qué hacía usted, señor Foster?

—Desquitarme.

—¿Se desquita siempre así, besando a una mujer?

—Sólo cuando ella me gusta.

Natalie parpadeó.

—¿Qué es lo que ha dicho, señor Foster?

—Que me gusta.

Bill salió otra vez de la casa.

Tenía su caballo al lado del porche.

Glen estaba dando vueltas alrededor del caballo.

Bill le atrapó por las solapas y le soltó un castañazo. Glen se derrumbó y cuando se detuvo gritó:

—¡Otra vez lo volvió a hacer!

Bill le sacudió un dedo delante de la cara.

—Glen, no debiste avisar a tus compañeros.

Luego subió al caballo.

Natalie Coleman seguía en el porche.

Bill se llevó la mano al ala del sombrero y sonrió.

—Señorita, me gustaría verla esta noche en el molino y que diésemos un paseo juntos, bajo el cielo estrellado.

Natalie con rabia dijo:

—¡No iría a su molino ni, aunque me regalase una de las estrellas del cielo!

—Lo siento.

Bill movió las bridas y su caballo partió al trote.

Natalie murmuró por lo bajo:

—¿Por qué me invitó, señor Foster?

Pero Bill Foster ya no estaba allí para dar una respuesta.

CAPÍTULO VIII

—Así están las cosas en el molino de Sam Powers —dijo Bill Foster.

El marshall David Alien había escuchado el relato de Bill Foster, la historia de los sucesos acaecidos desde su llegada al molino.

—¿Qué tiene que decir, marshall?

—Muchacho, usted es un valiente.

—Gracias.

—Pero va a durar menos en el molino que una moneda de diez centavos en la puerta de un colegio.

—¿Usted cree?

—Usted no es un ser normal, Foster. Se ha enfrentado a dos bandos. Y no sé cuál de ellos es el más poderoso. John Coleman y Albert Perkins tienen muchos hombres a su disposición. Pueden apartarlo a usted del molino con sólo mover un dedo.

—Tendrá que ser algo más de un dedo.

—¿Diez dedos?

—Más.

—¿Veinte?

Bill se echó a reír.

—Marshall, yo soy duro.

—Yo sé todo lo duro que puede ser.

—Quizá todavía no lo sepa. Sólo vine para decirle que he ejercitado mis derechos.

Yo soy el único propietario del molino de Sam Powers y todo el mundo está obligado a respetar mi propiedad.

David Allen bebió un trago de la botella.

—Admito que Coleman y Perkins deberían pagar por abrevar sus reses. Y que cincuenta dólares es un precio honesto. Pero esos rancheros no transigirán. Ellos están acostumbrados a tomar lo que

desean si les resulta fácil.

—Esta vez no les va a resultar fácil.

—Foster, usted está solo.

—Quizá lo esté por poco tiempo.

—¿Qué quiere decir?

—Ya lo sabrá. Hasta pronto, marshall.

El representante de la ley vio que Bill Foster se marchaba y se puso a pasear intranquilo.

—Pobre muchacho —dijo en voz alta—. Es simpático, pero no podrá contra los Coleman y los Perkins.

Se quedó mirando su imagen en un pequeño espejo.

—¿Por qué no lo ayudas tú, David?

Dio un manotazo en el aire y continuó paseando.

—Estás loco, David. Tú no puedes hacer nada.

Se detuvo otra vez ante el espejo y siguió hablando a su imagen:

—¿Qué clase de marshall eres tú, David Allen? Yo te lo diré. Eres un maldito cobardón. Si tuvieses las agallas suficientes, irías a casa de los Coleman y luego al rancho de los Perkins. Y a uno y a otro les dirías: «Ustedes no pueden hacer nada contra Bill Foster porque yo se lo prohíbo. Ese muchacho es el dueño del molino de Sam Powers. Ustedes tienen todo el dinero y Bill es pobre y tiene derecho a vivir».

Por una vez el débil ganará a los poderosos. ¿Y saben por qué? ¡Porque el marshall de Parker West lo dice!

En el espejo vio otra imagen. Una cara muy fea de facciones alargadas y hocico saliente.

Allen lanzó un grito mientras se volvía.

El hombre de las facciones caballunas le sonrió.

—¿Qué hace, marshall? ¿Ensayando para una función teatral?

—Oh, sí, estaba ensayando. Vamos a dar una representación para recaudar fondos.

El pistolero desvió la cabeza y el marshall siguió la dirección de su mirada y vio a otros tres hombres junto a la puerta.

El aspecto de aquellos tres hombres era peor todavía que el de las facciones caballunas.

Los cuatro tenían la pistolera baja. Los cuatro tenían la barba crecida. Los cuatro adoptaban aptitudes propias de los matones.

—¿Lo oísteis, muchachos? —dijo Cara de Caballo. Aquí se

preocupan de recaudar fondos.

—¿Para nosotros, Guy?

—No, hombre. No digas eso. Debe ser para las viudas o para los huérfanos de marshall. ¿No es eso, marshall?

La nuez bailó en la garganta de Allen.

—Verá, señor…

—Guy Dreyer.

—¿Guy Dreyer, el…?

—Dígalo, marshall. —¿El pistolero?

—Él mismo.

—Entonces ellos son…

—Mi pandilla, jefe. El de la cicatriz sobre la ceja es Paul Forrest, un chico muy correcto. ¿Verdad, Paul, que eres muy correcto?

Paul Forrest levantó la mano. Tenía una manzana en ella. Le pegó un mordisco.

Encontró mal gusto en la manzana y lo escupió todo hacia la mesa del marshall. Y luego se quedó sonriendo.

—Oh, sí —dijo Allen, que ya estaba nervioso—. Es muy correcto.

—Continuaré con las presentaciones —repuso Cara de Caballo —. El de las cejas blancas es Joe el Comanche. ¿Y sabe por qué le llaman el Comanche? Díselo tú, Joe.

Joe el Comanche desenvainó un cuchillo y lo movió en el aire.

David Allen vio aquel cuchillo y sintió que las piernas le flaqueaban. Corrió hacia la mesa y, cuando alargaba la mano para coger la botella de *whisky*, algo zumbó en el aire y el cuchillo se clavó a dos dedos de la botella.

Allen detuvo el movimiento de su mano. Y así permaneció unos instantes, la comisaría envuelta en un silencio.

Guy Dreyer lanzó una carcajada.

—Marshall, puede coger la botella de *whisky* ahora que sabe por qué llaman el Comanche a Joe.

Allen tomó la botella y bebió un trago con avidez.

Guy Dreyer señaló hacia su grupo.

—Le falta conocer al tercero, al de las orejas arrepolladas. Se llama Dean Sterling. Usted se preguntará cuál es su especialidad. Y tendrá razón en preguntárselo porque a mí me gusta tener tipos variados. El éxito de un trabajo depende de que cada cual sepa bien una cosa. Anda, Dean, demuéstrale al marshall tu habilidad.

El de las orejas arrepolladas hizo un gesto afirmativo. Se echó hacia delante y dio una voltereta en el aire, sin apoyar las manos en el suelo. Y al quedar en cuclillas, ya tenía el revólver en la mano, apuntando al marshall.

David Allen retrocedió dos pasos.

—¡No dispare, muchacho! ¡No dispare!

Guy Dreyer soltó otra carcajada.

—Enfunda el revólver, Dean. Se nota que el marshall está un poco asustado. Y no está bien que asustes a una autoridad.

Dean Sterling enfundó el revólver y retrocedió con sus compañeros.

Guy Dreyer abrió dos cajones de la mesa. En el segundo encontró una caja de hierro. Volcó su contenido sobre la mesa y cayeron unos diez dólares y algunos centavos.

—¿Es todo lo que tiene, marshall? ¿Esta porquería?

—Mi comisaría es pobre. No pinto mucho, ¿sabe?

—Estamos enterados.

—¿Eh?

—Estamos enterados de que usted es sólo un marshall de pega. En esta comarca hay dos rancheros, John Coleman y Albert Perkins. Y ellos son los que reparten el bacalao —hizo una pausa—. ¿Quiere que se lo diga con otras palabras? Ellos son los amos y usted el lacayo.

Dreyer caminó hacia la celda y la vio vacía.

—Marshall, ni siquiera tiene un preso.

—Tenía que haberla visto en otros tiempos, señor Dreyer. Yo entonces tenía verdadera autoridad y no consentía que en mi pueblo hubiese… —Allen se interrumpió.

—¿Pistoleros? —dijo Dreyer—. ¿No consentía qué en su pueblo hubiese pistoleros?

—No, señor.

Hubo un silencio y Dreyer se volvió como una centella y ya tenía el revólver en la mano y el dedo en el gatillo. Se quedó así, muy serio, mirando al marshall. Y éste pensó que, en la siguiente fracción de segundo, Dreyer apretaría el gatillo y por el cañón saldría la bala que acabaría con su vida, y sintió que por su cara corrían chorros de sudor.

Pero Guy Dreyer soltó su carcajada e hizo girar el revólver y lo

metió en la funda.

—Pasó un mal rato, ¿eh, marshall?

—Admito que lo pasé.

—No me interesa su vida, viejo. Podría aplastarlo como se aplasta a una cucaracha. Pero no lo hago. Usted se preguntará por qué. Por la sencilla razón de que yo no gasto plomo inútilmente —señaló la mesa—. Ahí sólo hay diez dólares. Poco dinero para matar, ¿verdad, jefe? Yo me dedico a los grandes negocios. ¿Me oye bien? A los grandes negocios. Nos enteramos de la rivalidad que existe en esta comarca entre los grandes rancheros, John Coleman y Albert Perkins. Y yo le dije a éstos: «Muchachos, en Parker West puede estar nuestro futuro». Sí, marshall. A eso hemos venido. A labrarnos un futuro en Parker West. ¿Por qué? Es la mar de sencillo. Nosotros ofrecemos nuestras pistolas a un bando, y ese bando podrá acabar con el otro. ¿Me sigue, marshall?

—Sí, señor, le sigo —balbució Allen.

—Pues ya lo sabe. Venimos para trabajar con John Coleman o con Albert Perkins. No nos importa el nombre. Lo que nos importa es la paga. Y ya terminamos. Hemos venido a hacerle una visita para que esté enterado de todo —dio dos pasos hacia Allen y le golpeó el pecho—. Y para que se esté quieto. ¿Me oye? Usted seguirá siendo el mismo marshall que era. Nada de complicaciones. Y cuando se crea con agallas, hable con el espejo. ¿De acuerdo, marshall?

—Sí, señor.

—Vamos a estar en el saloon. Atraparemos allí a un par de hombres. Uno de ellos lo mandaremos al rancho Perkins y otro al rancho Coleman. De esa forma, los dos rancheros tendrán la misma oportunidad para contratarnos. Yo soy así. Cada rival debe tener la misma oportunidad para ser el vencedor. En otras palabras, marshall, nos vamos a subastar. Y naturalmente, nos iremos con el mejor postor. Y se lo repito, marshall. Usted se estará quietecito o lo mandamos con su bendita mujer que está en el cementerio.

David Allen tragó saliva.

—Me estaré quieto.

—Usted es un hombre que sabe, marshall. Vamos, chicos.

Joe el Comanche se dirigió hacia la mesa y rescató su cuchillo. Luego, mirando al marshall sonriente, fue en pos de sus compañeros

que ya habían seguido a Guy Dreyer.

Cuando la puerta se hubo cerrado tras el de las cejas blancas, David Allen empinó la botella y bebió su más largo trago de aquella mañana.

CAPÍTULO IX

Guy Dreyer estaba en un reservado del saloon Maggie con sus tres hombres.

Llamaron a la puerta.

—Adelante.

El ranchero Perkins entró.

—Buenos días. ¿Quién es usted? —preguntó Dreyer.

—Albert Perkins.

—Celebro que recibiese mi mensaje.

Perkins observó a los otros pistoleros y luego detuvo los ojos en la cara de Guy Dreyer.

—Quiero encargarles un trabajo.

—¿Liquidar a su rival?

—No.

—¿A quién tenemos que liquidar?

—A un tipo llamado Bill Foster.

—¿Foster? ¿Ha dicho Bill Foster?

Dreyer miró a sus hombres y los cuatro empezaron a reír. Perkins frunció el ceño.

—¿Puedo saber el motivo de sus risas?

—Lo sabrá, Perkins. Conocemos a Bill el Melenas.

—Demonios.

—Sí, señor Perkins. Lo conocemos bien. No sabíamos que estuviese aquí.

—Sí, señor Dreyer. Heredó un molino.

Dreyer pegó una palmada en la mesa.

—¿Oís eso, chicos? Bill el Melenas se ha convertido en un potentado.

—No, señor Dreyer —repuso el ranchero—. No es un potentado.

Pero es el dueño de un molino que tiene agua para las reses. Y en tiempo de sequía, esa agua juega un papel importante para nosotros.

—Le comprendo.

—Quiero que lo eliminen.

—¿Cuánto está dispuesto a pagar?

—Mil dólares.

—Es poco. No crea que va a resultar fácil.

—Ustedes son cuatro.

—Sí, somos cuatro, pero Bill el Melenas es un tipo distinto a todos. Y no lo digo por su cabello.

Albert Perkins sabía que Bill Foster era diferente a todos. Y por eso estuvo dispuesto a creer que también lo sería con el revólver en la mano.

—¿Cuánto, señor Dreyer?

—Tres mil dólares.

—Es mucho, pero acepto.

—De acuerdo, señor Perkins. Se lo despacharemos hoy mismo. Y luego pasaremos por su rancho para cobrar.

—Allí los espero.

Perkins miró otra vez a cada uno de los hombres que se encontraban allí.

Finalmente alargó la mano a Dreyer y los dos cambiaron un apretón.

—Suerte, Dreyer.

—No se preocupe. La tendremos.

Perkins se marchó.

Guy Dreyer se echó a reír.

—¿No os lo dije, muchachos? Cambiaría nuestra suerte en Parker West. Ya acabamos de huir de las patrullas. Os advertí que eran malos tiempos para los asaltos. Los que tienen el cochino dinero en grande se han preocupado de contratar a gente como nosotros. Pero ¿es que por eso íbamos a pasar hambre? No, señor. Hay que pensar con la cabeza. Y si se nos acabaron los asaltos, tenía que haber otra clase de negocios esperando nuestras habilidades.

Los tres pistoleros rieron sus palabras.

En aquel momento llamaron a la puerta.

—Adelante, Entró en el reservado Coleman.

—Usted debe ser John Coleman.

—Recibí su mensaje y aquí me tiene, señor Dreyer.

—Hemos pensado que podrían interesarle nuestros servicios, señor Coleman.

—Me interesa. Quiero que me quiten de en medio a un hombre.

—¿Albert Perkins?

—No, señor Dreyer. De momento, es otro el que quiero que eliminen. Su nombre es Bill Foster.

Sus chicos iban a reír, pero Dreyer movió la mano para que guardasen silencio.

—He oído hablar de ese Foster, Coleman. Es el dueño de un molino que tiene agua durante el tiempo de sequía.

—Está bien enterado.

—Y usted necesita ese molino para abrevar sus reses.

—Sí, señor Dreyer.

—Se lo despacharemos por tres mil dólares.

—Un poco caro… Pero estoy de acuerdo.

—Muy bien, señor Coleman. Después que hayamos hecho nuestro trabajo, pasaremos por su rancho para cobrar. Es nuestra costumbre. Primero el trabajo, luego el precio.

—Sí, señor Dreyer. Ya sé que usted trabaja así.

—Nos veremos pronto.

—¿Cuándo eliminará a Bill Foster?

—Hoy mismo.

—Los espero en mi rancho.

Cuando John Coleman salió del reservado, Guy Dreyer soltó una carcajada que fue coreada por sus tres compañeros.

Dreyer, con lágrimas en los ojos, dijo:

—No sabía que Bill el Melenas valiese tanto. Palabra que no. Muchachos, nos embolsaremos seis mil dólares para empezar.

CAPÍTULO X

El marshall David Allen galopó furiosamente.

Saltó de la silla al llegar al molino.

Bill Foster estaba en el porche de la casa sentado en un peldaño.

Cortaba rebanadas de tocino ahumado que iba comiendo con trozos de pan.

—Hola, marshall, ¿usted por aquí?

Allen estaba sin respiración.

—¿Quiere comer conmigo, jefe?

—No hay tiempo para comer, Foster.

—¿Qué le pasa? Cualquiera diría que vio al demonio.

—A cuatro demonios.

—Todavía resultan pocos teniendo en cuenta los que hay sueltos por ahí.

—Muchacho, vienen a por usted.

—Le agradezco que me avise. Pero me han decepcionado. Creí que serían más…

—¡Albert Perkins y John Coleman han contratado a los mismos pistoleros!

—Vaya, se han puesto de acuerdo por una vez.

—No, no están de acuerdo. Los cuatro pistoleros fueron contratados primero por Albert Perkins y luego por John Coleman. Pero ninguno de ellos sabe que va a pagar tres mil dólares por el trabajo de liquidarlo a usted.

—¿Cómo sabe eso?

—Yo estaba en el reservado de al lado. Naturalmente, los pistoleros no sabían que me encontraba allí. ¿Qué está esperando, Foster? Recoja sus cosas y márchese inmediatamente. He venido para salvarle la vida, ya que no puedo hacer otra cosa.

—Nadie le recrimina, marshall.

—Esos tipos me pusieron la carne de gallina. Nunca vi a nadie como Guy Dreyer.

—¿Guy Dreyer?

—Sí es el jefe.

Bill empezó a reír.

—¿Había un hombre con orejas arrepolladas, marshall?

—Sí.

—Dean Sterling.

—¿Lo conoce, Bill?

—Sí, marshall. Lo conozco también. ¿Quiénes más había?

—Un tipo con cejas blancas que maneja el cuchillo con gran habilidad.

—Joe el Comanche.

—Él mismo, Foster. Y otro que tiene una cicatriz sobre la ceja.

—Paul Forrest.

—¡Los conoce a todos!

—Jugamos una partida de póquer hace algún tiempo. Les gané mil dólares. A ellos les molestó mucho. Y terminamos a puñetazos. Logré sacar el revólver. Debí matarlos entonces. Pero me conformé con dejarlos sin conocimiento y llevarme el dinero.

—Se divirtieron mucho cuando supieron que su víctima era usted.

—Comprendo que se divirtiesen.

—Tengo que marcharme antes de que lleguen. Pero usted se vendrá conmigo. Lo acompañaré hasta unas millas. Y luego nos despediremos.

—No, marshall. Yo no me voy a marchar.

—¿Porqué?

—Porque estoy en mi casa y en mi molino.

—¿Se va atrever a hacer frente a esos pistoleros?

—No me gusta huir, marshall.

—Pero usted huyó en aquella ocasión, cuando les ganó los mil dólares.

—Aquel día yo no tenía una casa ni un molino que defender. Sólo mil dólares que les había ganado al póquer. Pero ahora las cosas son distintas.

En aquel momento se oyó una cabalgada.

—Marshall, eche a correr.

—¡No puedo! ¡Tengo los pies clavados en el suelo!

—Mueva primero uno y luego el otro.

Los jinetes no se veían, pero se estaban acercando rápidamente.

—¡Ya no puedo huir, Bill!

—Escóndase en el molino.

El marshall echó a correr y desapareció en el interior del molino.

Lo hizo justo cuando los cuatro jinetes aparecieron ante Bill Foster.

Los reconoció al instante. Sí, eran los cuatro pistoleros a los que había ganado los mil dólares en Dodge City.

Guy Dreyer y sus acompañantes tiraron de las bridas delante de la casa.

Los cuatro se quedaron mirando a Bill Foster, el cual continuaba cortando lonchas de tocino y de pan.

—Que aproveche, Bill.

Foster miró a los cuatro hombres y sonrió.

—Caramba, pero si son mis antiguos conocidos.

—El mundo es un pañuelo, ¿eh, Melenas?

—Eso he dicho siempre. Demasiado pequeño para tanto bastardo.

Dreyer soltó la carcajada.

—Chicos, parece que el Melenas está de buen humor.

Foster sacudió la cabeza.

—¿Por qué estar de mal humor cuando la vida es una pura comedia?

Dreyer bajó del caballo y sus hombres lo imitaron. Echaron a andar hacia el porche y se detuvieron muy cerca.

Bill Foster continuaba sentado.

—Bill, estuvo feo eso que nos hiciste —dijo Dreyer.

—¿Llevarme mil dólares que os había ganado jugando honradamente al póquer?

—No, lo feo fue que nos dejaste sin conocimiento.

—No tuve más remedio que hacerlo, Guy. Y deberíais estarme agradecidos. Sois tan puercos que os debí meter una bala. Os tenía a mi merced con el revólver en la mano. Pero no mato a sangre fría.

—Nosotros sí —dijo Guy Dreyer.

CAPÍTULO XI

Bill Foster se llevó un trozo de tocino a la boca. Mientras lo masticaba, tenía los ojos fijos en Guy Dreyer.

—Sé que sois unos asesinos, Guy. Lo supe desde el primer momento que os vi en Dodge City.

—Nos alegra mucho que escapases, Bill.

—¿De veras?

—En Dodge City hubiéramos ganado mil dólares. Pero aquí vamos a ganar seis mil. —Un buen negocio.

—Y sólo va a ser el comienzo.

—¿Hay más, Guy?

—Claro que hay más, Melenas. Tengo grandes proyectos. En esta comarca hay dos rancheros rivales. Casualmente, los dos quieren liquidarte a ti. Y los dos son nuestros clientes. ¿No te divierte?

—Sí, resulta la mar de jocoso —dijo Bill y se llevó un trozo de pan a la boca.

Guy frunció el ceño.

—¿A quién quieres engañar, Melenas?

—¿Yo engañarte?

—Estás ahí comiendo como si te contáramos un chiste.

—¿Y no es un chiste?

—Escucha esto. Cuando terminemos contigo, lucharemos con uno de los rancheros.

—Ya sé lo que estás pensando, Guy. Luego os volveréis contra el ranchero que liquide al otro. Si elegís a Perkins como patrón, acabaréis con Coleman. Y luego os revolveréis contra Perkins. Y el final de la historia será que tú te convertirás en el dueño de la comarca.

Dreyer se quedó perplejo, pero finalmente rompió a reír.

—Melenas, lo acertaste.

—Lo malo que tienen los tipos como tú es que descubren un secreto. Todo lo que hay en su cabeza es simple porque piensan en grande. Sí, tú y los que sois como tú os consideráis como los únicos tipos en el planeta. No pensáis en los demás. Pero son sueños. Nunca los veis convertidos en realidad.

—Esta vez será realidad, Foster.

—Esta vez será como las otras, Guy. Sé a qué te has dedicado. A asaltar. Llevas muchos años cometiendo robos. ¿Y qué es lo que eres? Un pobre pistolero sin un centavo. Y apuesto a que te has pasado años y años pensando que ibas a dar el golpe definitivo, el que te permitiría retirarte. Un botín de cinco mil dólares era ya poco para ti. ¿Por qué no dar un golpe que te aportase cien mil dólares, doscientos mil o medio millón? Pero nunca lo conseguiste. ¿Por qué? Porque eres un fracasado.

—Te vamos a liquidar, Bill.

—No lo intentes.

—Y va a ser ahora mismo.

Dreyer tiró del revólver y sus hombres lo secundaron.

Bill hizo una cabriola y tomó impulso hacia atrás, dando una voltereta. Al quedar boca abajo, ya tenía el revólver en la mano y estaba disparando.

Destinó su primera bala para Guy Dreyer, la segunda para el Comanche, y la tercera para Paul Forrest. Pero le faltaba un hombre. El de las orejas arrepolladas, Dean Sterling, el cual también había hecho su cabriola y logró tomar ventaja sobre Bill, aprovechando que éste se las tenía que ver con demasiados enemigos.

Sonó otro revólver desde el molino y la cabeza de Dean Sterling explotó.

Todo volvió a quedar en silencio.

Bill pensó que el marshall se había decidido a intervenir a su favor.

Pero el hombre que vio aparecer no era el marshall, sino un tipo rubio de veintiséis años, el cual sonreía mientras soplaba el revólver.

—Hola, Bill.

—¿Qué haces aquí, Rock?

—Un pajarito me dijo que estabas en un apuro.

—No me haces falta para nada.

—¿Cómo? ¿Y quién te acaba de librar de convertirte en carne para gusanos? ¡Yo te lo diré! ¡Tu amigo Rock Miller!

—¡No tengo ningún amigo!

—Eres un desagradecido.

El marshall Allen apareció entre los dos jóvenes. Se quedó asombrado al ver a los hombres que estaban tendidos delante de la casa. Todos ellos estaban muertos.

—¡Lo consiguió, Bill! ¡Usted es sensacional también con el revólver!

El rubio rezongó:

—Eh, abuelete. Eso de que es sensacional vamos a dejarlo. Yo he sido el sensacional. Liquidé justo al que debía liquidar. Y usted se preguntará por qué lo hice. Y yo le contestaré: porque Bill Foster es mi socio y un buen socio no puede admitir que su compañero en la sociedad se muera.

El marshall preguntó:

—¿Quién es, Bill?

—Un vivales que se llama Rock Miller. Y le voy a decir también por qué está aquí. Porque oyó que había recibido una herencia. Rock es un granuja, un tipo que sólo da la cara cuando le resulta beneficioso.

Rock Miller hizo una mueca como si se fuese a echar a llorar.

—Me estás partiendo el corazón, Bill.

—Para eso necesitarías que fuese como los demás, pero lo tienes de piedra.

—Marshall, ¿oye usted a mi socio?

—¡No soy tu socio!

—¿Se da cuenta de la ingratitud humana, marshall? Aquí tiene usted a un hombre, a Rock Miller —se tocó el pecho—. He trabajado con Bill Foster. He estado con él en las horas malas y en las horas buenas. ¿Y qué es lo que pasa ahora? Que Bill Foster recibe una carta anunciándole una herencia. ¿Y qué es lo que hace Bill Foster? Que se marcha dejando a su compañero en la estacada, al hombre que ha compartido con él las penalidades.

—Tú solo has compartido conmigo las alegrías. Menudo caradura eres para compartir penalidades y fatigas.

—No está bien que digas eso, Bill. El marshall va a creer que soy un mal chico.

—Lárgate. No quiero verte.

—¿Lo oye, jefe? ¿Oye a este desagradecido? Le acabo de salvar la vida. ¿Y cómo me lo paga? Con ingratitud. Eso es. Con ingratitud.

Rock echó a andar y se acercó a los cadáveres a los que empezó a registrar.

Cuando hubo terminado, mostró en la mano todo el dinero que había sacado.

—¡Seis cochinos dólares y cincuenta centavos, Bill!

—Es tu botín. Confórmate. No vas a sacar más.

Rock dirigió una mirada hacia el molino.

—¿Todo eso es tuyo, Bill?

—Sí.

—Caramba, es una buena herencia.

—No me quejo.

El marshall intervino:

—Oiga, Bill. Debe marcharse con su amigo.

—No.

—Usted le está aconsejando que se vaya. Y yo sé por qué lo hace. Porque no quiere que él muera.

Rock hizo un gesto de sorpresa.

—¿Qué está diciendo, marshall?

—Su amigo no quiere que se deje usted aquí el pellejo.

—¿Quiere callarse, marshall? —rezongó Bill.

—No, marshall —dijo Rock—. Continúe.

David Allen contó a Rock la situación creada por los dos rancheros, Coleman y Perkins, y por qué Bill había recibido la visita de los cuatro pistoleros.

Rock empezó a reírse sujetándose el estómago.

El marshall se quedó asombrado.

—Eh, Bill, no sabía que iba a reaccionar así.

—Este chico siempre reacciona de lo más insospechado.

Rock, de rodillas en el suelo, sujetándose el estómago, dijo:

—Marshall, me río porque le dejaron a Bill una herencia podrida. Y yo hice un viaje de quinientas millas creyendo que le habían dejado algo de valor. ¿No es para reírse? —Se quedó serio mirando el dinero que había quitado a los pistoleros—. ¡Hice un

cochino viaje, de quinientas millas por seis cochinos dólares!

—Y cincuenta centavos —agregó Bill.

—¡Soy un imbécil! ¡Soy un pedazo de idiota! ¡Soy un alcornoque! ¡Marshall, dígame que soy un cabeza de atún! Se lo permito. No se preocupe. No le atizaré.

Bill ya no hacía caso de los lloros y protestas de Rock. Estaba pensando. Y Rock había atrapado al marshall como su paño de lágrimas.

—¿Qué le parece, marshall? ¿Soy o no soy un desgraciado? En cuanto llegue a Dodge City le voy a tronchar el cuello a Mary la Pecosa. ¿Lo oyes, Bill? Fue ella la que me dio el soplo. Sí, fue ella la que me dijo que habías recibido una carta de un tal Sam Powers, nombrándote heredero de sus tierras. Y como desapareciste sin decirme nada, llegué a la conclusión de que tu herencia sería buena. Le di un beso a Mary y le dije: «Nena, voy en busca de Bill Foster». Pero la próxima vez que vea a Mary la Pecosa no le daré un beso…

—Rock, te admito como socio.

—Atraparé a Mary por el cuello y… ¿Qué es lo que has dicho, Bill?

—Que te admito como socio.

—¿Oyó eso, marshall? ¿Lo oyó? ¡Una podrida herencia! Los rancheros lo van a liquidar. ¡Y me quiere admitir como socio! ¿Con qué clase de imbécil te crees que estás hablando, Bill?

—Contigo, Rock. Y si dejas de charlar y charlar, es posible que hagamos algo de provecho.

—¿Levantar una cerca? ¿O querrás enterrar a los muertos?

—Oye, Rock, admito que la situación es bastante mala…

—¿Has dicho mala? ¡Es pésima! Esos rancheros se saldrán con la suya antes o después.

—Tengo una idea para que eso no llegue a ocurrir nunca.

—¿Lo oye, marshall? Bill el Melenas tiene una idea.

—Es buena, Rock, y te necesito para ponerla en práctica.

—¡No cuentes conmigo! ¿Lo oyes? ¡No cuentes conmigo!

—Como tú quieras, Rock. Te he preparado una juerga con dos mujeres.

—¿Eh?

—Con las dos mujeres más hermosas que hayas podido ver en tu vida. Pero no te preocupes. Yo me correré la juerga.

Rock tragó saliva.

—¿Una juerga con… las dos mujeres más hermosas… del mundo? ¡Cuenta, Bill, cuenta!

CAPÍTULO XII

Natalie Coleman estaba tendida en la cama.

Era de noche.

Llevaba tres horas en el lecho, pero no dormía. Estaba desvelada. Y la causa se llamaba Bill Foster.

—¿Qué te pasa, Natalie? —dijo en voz alta—. Odias a ese bárbaro. Eso es lo que te pasa. Que odias a ese bárbaro. Quisieras sacarle los ojos, quisieras meterlo en la balsa y que tragase y tragase agua… Tú le odias, Natalie. Tú odias a ese hombre más que a ningún otro en el mundo.

—Es una pena —le contestó una voz.

—No, señor. No es una pena.

Natalie arrugó el entrecejo. Alguien le había hablado. ¿Bill Foster? Tenía que ser su conciencia. Eso tenía que ser. La voz de su conciencia le había contestado.

Con voz débil dijo:

—No, no es una pena.

Y la voz de antes le dijo:

—Pensé que usted sentiría algo por… por mí. Y no precisamente odio.

Ya no tuvo duda.

Volvió la cabeza hacia la izquierda y lo vio apoyado en la pared, con los brazos cruzados.

—¡Señor Foster!

—Buenas noches.

—¿Qué hace aquí?

—De visita.

—¿Hace sus visitas siempre a estas horas?

—Las que me interesan sí.

—¿Cómo ha podido entrar?

—Me las arreglo muy bien para subir por las paredes.

—No me diga que entre sus antepasados hubo una araña.

—Entre mis antepasados recuerdo a un tío por parte de madre que ahorcaron por cuatrero. Antes de que ocurriese ese hecho lamentable, mi tío se había fugado de seis celdas. Yo no le llegué a conocer, pero me contaron que era un tipo estupendo para trepar por los muros. Ya sabe, siempre se pega algo de la familia.

—¡Señor Foster, estoy en mi dormitorio!

—Sí, ya veo que eso es una cama.

—¡No hay nadie conmigo!

—En mi pueblo se dice que más vale estar solo que mal acompañado.

—¡Pero ya no estoy a solas! Estoy con usted. Y en cuanto a su pueblo, ya le he dicho que no me interesa lo que se diga en él. Y ya terminamos de hablar, señor Foster. ¡Le ruego que abandone la habitación!

—No puedo.

—¿Cómo que no puede?

—He venido para hacer un trabajo.

Natalie agrandó los ojos.

—Señor Foster, ¿no estará pensando usted en que…?

—¿A qué se refiere, señorita Coleman?

—A que usted, usando la fuerza conmigo…

—Eso va a depender de usted.

—¡Usted no puede ser un truhán!

—¿No? ¿Por qué no? Usted me ha tratado como un truhán, señorita Coleman. Y hace un momento decía que me odiaba… No puedo ser otra cosa. No me han dejado ustedes opción. Ya me las tuve que entender con pistoleros.

—¿Con pistoleros? ¿Con qué pistoleros, señor Foster?

—Con los que me mandó su padre.

—¡No es posible!

—Hágase ahora la inocente.

—¡Yo no sé nada de los pistoleros que le haya podido mandar mi padre! ¿No lo habrá soñado usted?

—No, señorita Coleman. Ni siquiera me han dado tiempo para que duerma.

—Tampoco yo he dormido. Quiero decir que le odio tanto que me desveló.

Bill se apartó de la pared y se acercó a la cama.

—¡No de un paso más o grito! —advirtió Natalie.

—Si grita, la dejo sin conocimiento.

—¿Se atrevería?

—¡Claro que me atrevería!

—Me sigue decepcionando, señor Foster.

—La voy a decepcionar más. Prepárese.

—¡Yo no me puedo preparar para lo que usted piensa!

—Señorita Coleman, quítese esa idea de la cabeza.

—¿Qué idea?

—Lo que está pensando. Sólo he venido para secuestrarla.

Natalie hizo un gesto de asombro.

—¿Qué fue lo que dijo, señor Foster?

—El trabajo a que me refería es un secuestro. Y usted es mi víctima, señorita Coleman.

—¿Me quiere llevar con usted?

—Sí.

—¿Para qué?

—Ya lo sabrá.

—Ah, no, yo no me dejo.

—Imagino que tiene un camisón.

—Sí.

—Entonces la secuestraré en camisón y a la fuerza. Pero pasaría un poco de frío. Y por eso le ofrezco la alternativa. Que se vista y que venga conmigo por las buenas. Elija, señorita Coleman. No tenemos toda la noche para decidirlo.

—¿Adónde me quiere llevar?

—Al molino.

—Señor Foster, lo creía a usted un caballero. Y resulta que es un vulgar forajido. ¿Quiere secuestrarme para exigir un rescate?

—Todos los secuestros son para eso.

—Le pedirá dinero a mi padre. Unos cuantos miles de dólares y, cuando tenga el botín, se largará.

—Es posible.

—¡No se va a salir con la suya!

—Elija. Por las buenas o por las malas.

—Está bien, señor Foster. Iré con usted.
—Así está mucho mejor.
—Vuélvase de espaldas.
—Ni hablar.
—Voy a salir de la cama y estoy en camisón.
—He visto a muchas mujeres en camisón. No se preocupe.
—¡Pero a mí no me ha visto ningún hombre!
—Alguna vez tenía que verla alguien. Vamos, señorita Coleman. Hágase el ánimo si no quiere que intervenga yo con mis manos.
La joven apartó las cobijas y salió por el otro lado de la cama.
Bill chasqueó la lengua.
—No me gusta.
—¿Qué es lo que no le gusta?
—Su camisón. Demasiado largo y tiene poco escote.
—Por fortuna, es largo y tiene poco escote. Así no me ve nada de lo que usted quisiera verme.
—Dese prisa, señorita Coleman, Natalie se puso una blusa y una falda sobre el camisón y luego se calzó los pies.
Finalmente se volvió hacia Bill y dijo:
—Señor Foster, ¿por qué no renuncia?
—No.
—Puedo hablar con mi padre. Le exigiré que lo deje tranquilo.
—Su padre me ha probado hasta dónde es capaz de llegar. No, señorita Coleman. No me satisface su plan y voy a poner en práctica el mío.
—No puedo bajar por esa ventana, señor Foster.
—Claro que puede. Hay una cuerda.
—¿Quién bajará primero?
—Usted, naturalmente.
—Está bien. Bajaré.
—Gracias.
Natalie descendió por la ventana sujetándose a la cuerda. Estaba confusa. ¿Qué pensaba hacer con ella Bill Foster, una vez que llegasen al molino?
Al llegar abajo unos brazos la sujetaron.
Quiso gritar, pero una mano le cubrió la boca.
—Silencio, señorita.
Natalie vio a un rubio que no había visto antes.

Bill bajó enseguida y dijo:
—Ya tenemos a una, Rock.

CAPÍTULO XIII

Olivia Perkins se estaba peinando ante el espejo antes de acostarse.

Se cubría con un camisón de flores un poco corto.

De pronto oyó un ruido junto a la ventana.

Se volvió como un rayo y sintió un escalofrío al ver que se introducía en su habitación un hombre rubio, un desconocido.

La joven se levantó de un salto y fue a gritar. Pero él sacó el revólver y dijo:

—Ni una palabra, nena.

—¿Quién es usted?

—Tengo muchos nombres. Me llamo Rock Miller, pero también soy conocido por el Simpático Rock, el Mujeriego Rock. Algunos tipos que me tiene envidia me llaman el Sinvergüenza Rock. Pero no les haga caso.

—¿Qué hace aquí?

—Estaba muy solo y me dije: «Rock, en el rancho de Albert Perkins hay una hermosa joven que te está esperando».

—¿Yo esperarle a usted? ¡Está chiflado!

Rock la miró de pies a cabeza y dijo:

—Lo que se pierde uno por no haber venido antes.

—No me mire así.

—¿Por qué?

—Está feo.

—Oh, perdone. Es que tengo dos ojos muy traviesos. Yo les digo muchas veces:

«Ojitos, estaos quietos», pero ellos se van adonde les conviene. Usted me entiende, ¿verdad?

—¡Yo no le entiendo a usted, señor sinvergüenza!

—¿Por qué no eligió otro de los apodos? Llámeme simpático.

—Me temo que voy a estar de acuerdo con los que le pusieron el de sinvergüenza.

Rock dio un suspiro.

—Estoy acostumbrado a las desilusiones, señorita Perkins.

Olivia se acercó a una silla, cogió una bata y se la puso. Rock enfundó el revólver.

—Es usted un ladrón, ¿verdad?

—Según como se mire.

—Yo no tengo ojos traviesos, señor Miller. Y sólo le puedo mirar como lo que es, un salteador nocturno. ¡Ni siquiera hace un trabajo de día!

—En mi familia siempre hemos sido pobres.

—No trate de disculparse, señor Miller… Usted ha caído muy bajo, pero no quiero discutir con usted. Tengo dinero en el cajón. Unos doscientos dólares.

—Demonios, es usted rica.

—Le daré los doscientos dólares y se marchará.

—Ande, enséñeme el color de su dinero.

Olivia tiró de un cajón y metió la mano.

Rock saltó sobre la joven en el momento en que ella sacaba la mano con un «Derringer».

—¡Canalla!

Rock le estaba retorciendo la mano y ella se vio obligada a soltar el revólver, que cayó en el interior del cajón.

—¿Sabe que huele usted muy bien, señorita Perkins?

Rock estaba muy cerca de ella, abrazándola.

—Señor Miller, ¿quiere apartarse?

—No sé si debo apartarme. Usted es de las nenas que intentan jugársela siempre a uno. Si me descuidó con usted, a estas horas ya me habría metido un plomo debajo del ala.

—Tenía que defenderme. Es un derecho que usted no puede negarme. Es un desconocido.

—Lo era cuando entré, pero ahora no lo soy, porque le dije varios nombres. Le di a elegir. Aunque usted eligió muy mal, el peor.

—Bien, señor Miller. Usted gana, le daré los doscientos dólares.

—Dígame dónde están y así no caerá en la tentación de volver a atrapar el arma.

—En el cajón de madera que hay a la izquierda.

Rock abrió aquella caja y, efectivamente, encontró un gran fajo de billetes. Miró el fajo y dijo:

—Ciento ochenta.

—¿Cómo dice?

—Que no hay doscientos dólares, sino ciento ochenta.

—¿Cómo los ha contado?

—Soy muy rápido. Y me basta el tacto y la mirada.

Al decir aquello, Rock apretó contra sí a la joven y la miró más fijamente a los ojos.

—Sí, señorita, el tacto y la mirada me sirven para comprobar la mercancía que tengo en las manos.

—¡Ya se puede marchar! ¡Tiene el dinero que buscaba!

—Me marcharé con usted.

—¿Qué?

—Se viene conmigo.

—Le acabo de pagar doscientos dólares o ciento ochenta, como usted ha dicho.

Ya logró su botín.

—Señorita, yo no vine por dinero, sino por usted.

—¿Cómo?

—Que esto es un secuestro, señorita Perkins.

—No puede estar hablando en serio.

—Nunca lo he hecho más en serio.

—Pero es horroroso. Usted tan guapo, ¿un secuestrador? Oh, no, señor Miller.

Usted me está gastando una broma.

—Coja la ropa. Le hará falta. Hay un poco de humedad en donde vamos.

—¿Sabe que se expone a que mi padre lo mate?

—En mi profesión se han de correr riesgos. Si, señorita Perkins, La vida cada vez está peor. Ya lo ve, para ganar un dólar se tiene que jugar uno el pellejo. Pero con una chica tan bonita como usted, vale la pena jugarse hasta las pestañas. Y ahora, señorita Perkins, ¿hará el honor de acompañarme? Le aseguro que me considero el secuestrador más afortunado del mundo. ¿Por qué? Simplemente porque mi víctima es usted.

Olivia estaba con la boca abierta escuchando a Rock.

—¿Por dónde hay que ir, señor sinvergüenza?

—Por la ventana, señorita Perkins.

—¡Me caeré!

—No se preocupe. Aquí están mis fuertes brazos para sujetarla.

—Tenga cuidado para que no me escape de sus fuertes brazos.

—No, señorita Perkins. La sujetaré bien para que llegue sana y salva a tierra. No me perdonaría que usted se ocasionase el más pequeño rasguño en su linda piel.

—Cuando quiera, señor sinvergüenza.

—Eh, que se olvida de la ropa.

—Oh, sí, perdone.

Olivia Perkins estaba como hipnotizada. Demonios, ¿de dónde había salido aquel rubio? Siempre había considerado un secuestro lo más terrible del mundo.

Pero la realidad era muy diferente. Caracoles, un secuestro de aquella forma y con aquel tipo era otra cosa.

Primero bajó ella por la cuerda.

—¡Señor Miller, tengo vértigo!

—¡Agárrese a mi mano!

Llegaron abajo sin novedad.

—Ya tenemos a la segunda, Bill.

Olivia vio perpleja a Bill Foster. Y a su lado había otra mujer. ¡Era Natalie Coleman!

—¿Qué significa esto, Natalie?

—No lo sé, Olivia. Bill Foster me secuestró.

—Y a mí me secuestró el rubio.

—Es amigo de Bill Foster.

—¿Y qué pretenden?

—Por lo pronto, llevarnos al molino.

Bill Foster sonrió enseñando sus dientes blancos.

—Señorita Coleman, volvamos a los caballos. Llegó la hora departir.

El rubio hizo una reverencia ante Olivia y dijo:

—Señorita Perkins, usted es mi dama y yo su caballero. Y tampoco nos falta el caballo.

CAPÍTULO XIV

Natalie Coleman soltó un estornudo.

—Salud —dijo Bill Foster.

—¿Se atreve a desearme salud después de haberme secuestrado para traerme a este lugar?

—No voy a consentir que se muera, señorita Coleman.

—Me moriré si continúo mucho tiempo aquí.

—No creo que esté mucho tiempo. Sólo hasta que sus padres entren en razón.

—¿A qué llama usted entrar en razón?

—Quiero obligarles a firmar un contrato. Cada uno de ellos pagará cincuenta dólares por el uso del agua.

—¿Firmando ese contrato ustedes nos devolverán a nuestros padres?

—Sí.

—¿Piensa que mi padre va a respetar su contrato?

—Será mejor que lo haga.

—¿O si no qué, señor Foster? ¿Me volvería a secuestrar?

—Cuando llegue ese momento, si es que llega, se lo diré.

Estaban en la casa del molino.

Natalie cruzó los brazos enfurruñada.

A la rubia Olivia Perkins le costaba trabajo disimular su contento. Palabra que lo estaba pasando maravillosamente.

—Señor Miller —dijo—, ¿ha secuestrado usted a muchas mujeres?

—No, usted es la primera.

—¿De veras? —sonrió ella, pero luego se puso muy sería.

—Sí, señorita Perkins. Yo no me dedico a esto. De modo que, si cree que soy un mal secuestrador, le presento mis disculpas.

—Oh, no, usted no es un mal secuestrador.

—¿Le parezco bueno?

—Sí, es bueno.

Natalie intervino.

—Pues a mí no me pareció un buen secuestrador Bill Foster.

—¿Le hizo daño, señorita Coleman?

—Claro que me hizo daño. Me apretaba tan fuerte que ha dejado sus dedos marcados en mi piel.

—Tenía que apretarle fuerte para que no se cayese. Ahora, señoritas, Les indicaré sus habitaciones.

Les mostró dos dormitorios y Natalie preguntó:

—¿Dónde van a dormir usted y su amigo?

—Estaremos fuera. Nos tenemos que turnar. Mientras yo duermo, Rock vigilará.

—¿Qué garantías tenemos de que no entrarán en nuestra habitación en el momento más inesperado?

Bill se frotó el cogote.

—Rubio, están dudando de nosotros.

Rock miró a los ojos de Olivia y dijo:

—Puede dormir tranquila, señorita Perkins. No entraré en su cuarto.

—Qué lástima. ¡Quiero decir que hace usted muy bien en no entrar en mi cuarto porque le tiraría un zapato…!

—La acompañaré a su cuarto.

—No tengo ganas de dormir.

—¿Quiere que le cuente la historia de mi vida?

—¡Estupendo!

Natalie dijo:

—Quiero salir, señor Foster.

—¿Adónde?

—¿Adónde va a ser? Fuera de la casa. Yo tampoco tengo ganas de dormir.

—Muy bien. La acompañaré.

—¿Teme que me escape?

—Es lógico que lo hiciese si yo no la vigilase.

Natalie salió de la casa y Bill fue detrás.

El cielo estaba tachonado de estrellas.

Bill encendió un cigarrillo.

—Le quiero hacer una pregunta muy personal, señor Foster —rompió el silencio Natalie.

—Hágala.

—¿Le sigo gustando, señor Foster?

Bill se echó a reír y ella gritó:

—¡No se ría de mí o le araño!

Pero él continuó riendo.

Entonces Natalie se lanzó sobre Bill con las manos por delante.

Bill tuvo que darse mucha prisa en tirar el cigarrillo y sujetarla por las muñecas. Y aprovechó que Natalie se vencía para besarla en la boca.

Ella retiró la cabeza.

—¿Es que no hay forma de pelear con usted sin que empiece a soltar besos?

—Es un arma defensiva. Sólo eso. Un arma defensiva.

—¿Es la única razón para que me bese?

—¿Qué quiere oírme decir? ¿Qué me sigue gustando, señorita Coleman?

—¡No!

—Usted lo preguntó.

—Lo pregunté por hablar de algo.

—Hay muchos temas de conversación, y usted eligió el más peligroso para un hombre y una mujer.

—¡Suélteme!

—No.

—Tiene usted razón, señor Foster. Es un tema peligroso. No podemos estar así, tan juntos.

—Hace mucho frío y de esa forma no nos helamos.

—¿Por qué le gusto, señor Foster?

—Porque creo que de usted se podría sacar partido.

—¡No hable de mí como si yo fuese una potranca!

—No, no es una potranca, pero se comporta como ellas antes de ser domadas.

—Le puedo aceptar el ejemplo porque usted jamás me domaría a mí.

—¿No? Yo creo que ya la domé.

—¿Que usted me domó a mí? ¿Sabe lo que le digo? Ja. Le digo ja.

—De modo que sigue siendo la mujer salvaje que yo conocí.

—Desde luego.

—Una verdadera fiera.

—Lo seré para usted. Es lo que seré. Una fiera.

—Me gusta su fiereza. Sí, señorita Coleman. Una mujer fiera le da cierto atractivo al matrimonio.

—¿Matrimonio? ¿De qué matrimonio está hablando?

—Del nuestro. De usted y de mí.

—¿Qué usted y yo vamos…?

—A casarnos, señorita Coleman.

—¿Quiere decir que chantajeará a mi padre? ¿Le va a decir que esta noche aquí pasó algo que no ha pasado?

—No, señorita Coleman. Yo no necesito recurrir a una mentira para conseguir que usted sea mi mujer. Al matrimonio se debe llegar con lealtad. Y las primeras personas que deben ser leales son los contrayentes, el marido y la mujer. Yo quiero ser leal con usted, de modo que le diré de una vez por todas que la quiero, Natalie lo miró asombrada:

—¿Usted… me quiere?

—Con locura, señorita Coleman.

Bill se apartó de ella.

—Ande, ya puede decirme ja.

Natalie no contestó.

—Estoy esperando que lo diga, señorita Coleman. Dígame ja.

—¡Y un cuerno le voy a decir ja! ¡No me da la gana decírselo! ¡Debería ahora mismo arrancarle el corazón, arrancarle los ojos, pero no puedo! ¿Lo entiende? ¡No puedo sacarle nada de eso!

—¿Por qué?

—¿Por qué va a ser? ¡Porque le quiero a usted! ¡Le quiero a usted tanto que sería capaz de arrojarme a la balsa para que me sacase! ¡Le quiero a usted tanto que sería capaz de consentir que me secuestrase todas las noches! ¡Le quiero a usted tanto que…!

Natalie no pudo hacer otra comparación porque Bill la atrapó por la cintura y aplastó su boca contra la de ella.

Mientras tanto, en la casa, Olivia Perkins decía:

—Señor Miller, ahora comprendo por qué le llaman sinvergüenza.

—¿Ah, sí?

—¡Me está contando la historia de su vida y no ha parado de hacer granujadas!

—¿Sabe una cosa, Olivia? Qué nunca me había parecido yo un granuja. ¿Se da cuenta? Es la primera vez que me confieso con una mujer y me digo: «Rock Miller, todo el que te ha llamado sinvergüenza tiene más razón que un santo».

Estaban sentados y Rock se puso en pie.

—Señorita Perkins, he tomado una decisión.

—¿Cuál es?

—La voy a devolver a su padre.

—Que se cree usted eso.

—Así lavaré mi culpa.

—Hábleme de mí y déjese de mi padre.

—Pues eso, que a usted la devuelvo a su padre.

—¿Y qué hará cuando lleguemos allí?

—Nos despediremos.

—Señor Miller, le voy a pedir un favor. Continúe haciendo el granuja.

—¿Usted me pide eso?

—Sí, señor Miller. Se lo pido con el mayor interés del mundo. Así que le prohíbo que empiece a hacer sus buenas acciones.

Rock se acercó a Olivia y le acarició la mejilla.

—Señorita Perkins, me están dando ganas de besarla. Pero no me atrevo.

Olivia dio una patadita en el suelo.

—¡Caracoles, no se me vuelva usted vergonzoso a estas alturas!

—Entonces, ¿la puedo besar?

—Inténtelo.

Rock se inclinó sobre ella y la besó con suavidad en los labios.

—¡Señor Miller…!

—¿Qué pasa, señorita Perkins?

—Me va a dar algo.

—¡Ahora mismo le traigo agua!

—¿Qué agua ni qué niño muerto? ¡Béseme otra vez aunque me desmaye!

Rock la atrapó entre sus brazos y la besó fuertemente en la boca.

Epílogo

John Coleman, al mando de sus hombres, llegó al molino. Todos estaban armados hasta los dientes.

—¡Deteneos!

Por la otra parte del rió apareció Albert Perkins, que capitaneaba a sus *cowboys*.

—¡Alto!

Los dos bandos habían quedado enfrentados y entre ellos estaba el molino. Los cincuenta hombres que había allí miraron hacia la casa, pero no vieron a nadie. Por la chimenea salía un chorrito de humo.

—¡John! —dijo Albert Perkins—. ¿Qué haces aquí?

—Ese canalla secuestró a mi hija anoche.

—También secuestró a la mía. Me dejó una carta.

—A mí también. En la mía dice que debo firmar un contrato para pagarle los cincuenta dólares por derechos de agua.

—Lo mismo dice la mía.

—Y me amenazó con hacer daño a Olivia si aparecíamos de noche.

—Las cartas son iguales. Por eso vine de día, como tú.

—¿Qué hacemos, Albert?

—Eso pregunto yo. ¿Qué hacemos?

—En mi carta Foster me decía que tenía un amigo con él, Rock Miller el Sinvergüenza.

—Sí, ya estoy enterado. Imagínate, nuestras hijas con el Melenas y el Sinvergüenza.

En aquel momento salieron las dos jóvenes de la casa.

Se produjo una gran explosión.

—¡Natalie! ¿Te encuentras bien?

—¡Olivia! ¿Qué te han hecho?

Natalie contestó:

—Padre, nunca me he encontrado mejor.

Y Olivia Perkins dijo:

—Padre, qué maravillosa es la vida.

Los dos rancheros se miraron.

—¿Te imaginas lo que ha pasado, Albert?

—¿Te lo imaginas tú, John?

Las dos jóvenes dieron un suspiro. Ellas sabían que no había pasado absolutamente nada. Pero ambas llegaron a la conclusión de que su padre respectivo era muy bruto y que sólo había una forma de arreglar las cosas rápidamente.

—Padre —dijo Natalie—. Me tendré que casar con Bill el Melenas.

—Padre —dijo Olivia—. Yo me tendré que casar con Rock el Sinvergüenza.

Los dos rancheros miraron furiosos a la casa.

—¿Dónde están esos tipos?

—¡Eso! ¿Dónde están?

Las dos jóvenes corrieron hacia la casa.

—¡Bill! ¡Rock! ¡Han llegado vuestros suegros…!

Bill Foster y Rock Miller salieron alegres y optimistas.

—Hola, señor Coleman —dijo Bill.

—Encantado, señor Perkins —dijo Rock.

Los dos rancheros levantaron el rifle y apuntaron a Bill y a Rock.

—Melenas, si no te casas con mi hija eres hombre muerto.

Bill se encogió de hombros.

—Si no hay más remedio…

Perkins habló a Rock:

—Eh, rubio, te llegó la hora de aceptar el yugo del matrimonio o te quedas sin cabeza.

Rock miró a Olivia y dijo:

—Sí, señor Perkins. Acepto el matadero.

Y entonces, Natalie y Olivia corrieron al lado de Bill y Rock, y cada una abrazó al hombre con el que se iba a casar.

El marshall, escondido detrás de una valla, exclamó:

—Si no lo veo no lo creo. ¡Bill el Melenas ganó! —Y se atizó un largo trago.

FIN

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.



Impreso en España PRECIO EN ESPAÑA 30 PTAS.